

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

EL ESCLAVO DE SU CULPA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

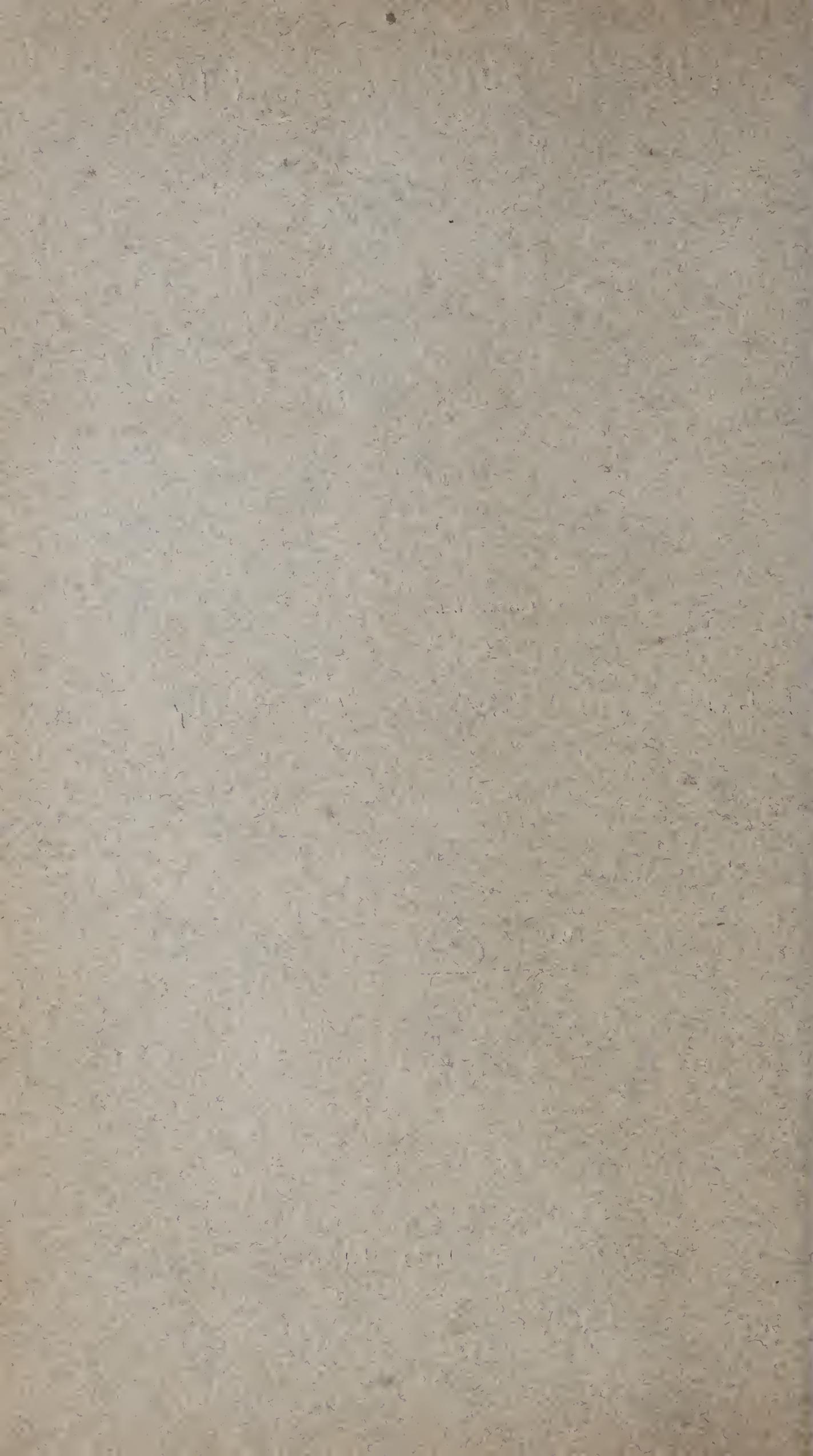
JUAN ANTONIO CAVESTANY

QUINTA EDICIÓN

MADRID

SALON DEL PRADO, 14, HOTEL

1902



JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRÁS

N.º de la procedencia

2199

EL ESCLAVO DE SU CULPA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL ESCLAVO DE SU CULPA

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JUAN ANTONIO CAVESTANY

Representada por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL el
13 de Diciembre de 1877

QUINTA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551.

1902

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

ENRIQUETA.....	DOÑA CÁNDIDA DARDALLA.
EMILIA.....	ANTONIA CONTRERAS.
CARLOS.....	DON ANTONIO VICO.
RAMÓN.....	ANTONIO ZAMORA.
ALFREDO.....	ALBERTO RODRÍGUEZ.
PABLO.....	JOSÉ BARTA.
UN CRIADO.....	JULIÁN CASTRO.

La escena pasa en Madrid.—Época actual



ACTO PRIMERO

Gabinete elegantemente amueblado en casa de Ramón.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN y ALFREDO

- RAM. ¡En vano tu voz procura
vencer mis inclinaciones!
- ALF. ¡Pero atiende á mis razones!...
¡Disputas una locura!
Es ya mucha obstinación.
- RAM. Pues no has de hacerme cejar.
- ALF. Hombre... ¡por Dios!... ¡Comparar
Madrid con un poblachón!
- RAM. Yo no he comparado...
- ALF. Sí.
- RAM. Negarás inútilmente...
Yo he dicho tan solamente
que vivo mejor allí.
¡Sí tall... hallo más placeres
que en Madrid; ¡más alegría!
paso un día y otro día
en mi fábrica y talleres;
ando, observo, me solazo,
y los trabajos dirijo.
- ALF. Sí, sí, comprendo; ¡de fijo
correrás un gran bromazo!
- RAM. ¡Mis gustos son diferentes!...

- ALF. ¡Ya lo veo!
- RAM. Y sobre todo,
si vieras tú de qué modo
me quieren aquellas gentes!
Nunca allí llegó a turbar
mi paz la envidia menguada.
¡Créeme, Alfredo, no hay nada
tan grato como el hogar!
- ALF. ¡Bah! ¡Tu inocencia me irrita!
¡Ya no hay más hogar que el mundo!
¿A qué ese asombro profundo?
¡El hombre es cosmopolita!
- RAM. ¡Eh!
- ALF. ¡Patria, hogar!—¡qué demonio!—
¡Pero que atrasado te hallas!
¡Esas ya son antiguallas
lo mismo que el matrimonio!
¡En el día, aunque te asombre,
no tiene razón de ser!
¡Hoy es libre la mujer
lo mismo que es libre el hombre!
¡Cesen esas tiranías!
¿Por qué esclavizarla así?
- RAM. (Sin poderse contener.)
¡Mira... delante de mí
no digas majaderías!
- ALF. ¡Te asombras al escucharme!
- RAM. ¡Es que estás disparatando!
- ALF. ¡Ya te irás acostumbrando
con el tiempo!
- RAM. ¿Acostumbrarme?
- ALF. Ahora acabas de llegar
de tu pueblo, y no lo extraño:
¡ya verás dentro de un año!...
- RAM. No; ¡yo no puedo cambiar!
¡Después de lo que te he oído,
aquí feliz no he de ser!
¡Por dar gusto á mi mujer
accedí á ser elegido
diputado, y te confieso,
que fué bien á mi pesar!
- ALF. ¡Por algo se ha de empezar! (Burlándose.)
- RAM. ¡Nada; en cerrando el Congreso
al pueblo otra vez! ¡Canario!

(Recordándolo con satisfacción.)

¡No hallaré en la corte nada parecido á la velada de casa del boticario!

¡Yo que aquí tanto me aburro no exhalaba allí un reproche!

¡Allí... pasaba la noche jugando al tute... y al burro.

ALF. ¡Hombrel... ¡Soberbia partida!

RAM. Iba más de la mitad del pueblo... ¡qué sociedad!

¡Si era lo más escogida!

El albéitar, su sobrina,

el síndico, el sangrador,

el alcalde, un regidor,

doña Rita, mi vecina,

dos señoras... muy pesadas,

un antiguo comerciante,

la viuda de un comandante

con tres hijas jorobadas;

el ahijado del tío Curro,

don Severo el intendente,

en fin, ¡ya ves!... buena gente.

ALF. Sí.. ¡para jugar al burro!...

RAM. Nunca mi mente olvidó las horas allí pasadas.

¡Daban unas risotadas

cuando me quedaba yo!

Allí sin filosofías

nos divertíamos mucho.

ALF. ¡Ay, Ramón! Cuando te escucho

comprendo las teorías

de Darwin.

RAM. ¿Es de buen tono sacar siempre tanto nombre?...

ALF. ¡Darwin sostiene que el hombre es descendiente... del mono!

RAM. ¡Oh!. Pues si son acertados los principios que me ofreces,

¿sabes tú que te pareces

mucho á tus antepasados?

ALF. Que eso tu voz me atribuya

con mis gustos se concilia,

sé que empezó mi familia

por donde acaba la tuya.
¡Esas cosas no me afligen
no me pasa lo que á tí!
RAM. Mi mujer viene hacia aquí.
No le descubras... tu origen.

ESCENA II

DICHOS. ENRIQUETA por la izquierda

RAM. ¡Enriqueta! (Acercándose á recibirla.)
ALF. ¡Prima mía!
ENR. ¡Si vengo á estorbar á ustedes!...
ALF. ¡Tú estorbarnos nunca puedes!
ENR. Gracias.
ALF. No es galantería.
Estorba quien un solaz
turba que nos entretiene,
pero nunca la que viene
á ser un iris de paz.
ENR. ¡Hola! ¿Había discusión?
RAM. Este estaba sosteniendo ..
ALF. ¡No! ¡tú!...
ENR. Siempre discutiendo.
RAM. Pues ya acabó la cuestión.
ALF. ¡Oportuna cual ninguna
ahora tu presencia ha sido!
RAM. ¡Siempre igual ha sucedido!
¡Si ella es lo más oportuna!
ENR. ¿De veras? (Con cariñosa coquetería.)
RAM. (Contemplándola.) ¡Vale un Perú!
¡Mirándola me embeleso!
y no la doy un...
(Volviéndose hacia Alfredo, que tose al ver que va á
abrazarla.)
RAM. ¡Por eso,
porque estás delante tú!
ENR. (¡Por Dios, Ramón!)
RAM. (¿Digo mal?)
ENR. (No, pero...) (Se sienta Enriqueta.)
RAM. (Mirando á Alfredo.) (Es verdad, ahora...)
ALF. (¡Oh escena conmovedora
de santo amor conyugal!)

- RAM. Siempre que va por la calle
aquí .. á mi brazo agarrada,
deja á la gente parada
examinando su talle.
Y todos, con asia loca,
de hablarla tienen antojos;
algunos dicen... ¡qué ojos!
otros dicen... ¡ay! qué boca.
Y no falta entrometido
que al ver cómo la sostengo
dice... ¡qué envidia le tengo
al zángano del marido!
Ayer mismo, de paseo,
uno, que será de fijo
andaluz, según colijo
por su gracia y su ceceo,
dijo: «se me abren los poros
al mirarla... ¡qué mujer!
¡pues si tiene más que ver
que una corrida de toros!»
- ENR. ¡Jesús! ¡qué exageración!
- ALF. ¡Era andaluz! no es extraño.
- RAM. ¡No, si á mí no me hace daño
que digan eso!
- ENR. ¡Ramón!
- RAM. ¡Pero en fin, aún más deseo
verla en mi modesta aldea
siempre feliz!... ¡me recrea
pensarlo!... ¡pues ya lo creo!
¡Nadie allí turba mi calma;
ninguna inquietud recibo,
y vivo bien, porque vivo
con mi mujer de mi alma!
Con su cariño... en mis días,
¿qué me importa lo demás?
¡y en fin, no quiero hablar más
por no decir tonterías!
- ALF. ¡Bravo!
- ENR. Gracias, mas preveo
que aunque es ligera tu cruz,
vas siendo tan adaluz...
como el que nos vió en paseo.
- ALF. ¡Su entusiasmo es natural!
- RAM. ¿Verdad que sí? Gracias, primo.

ALF. (Pero chico... ¡tanto mimo
en un hombre tan formal!...)

RAM. (¡Eh! quita allá.)

ALF. (¡Un diputado...
de orden!) (Riéndose.)

RAM. ¡Ah!
(Recordando repentinamente lo que había encargado
á Alfredo)

ENR. ¿Qué es eso?

RAM. (Á Alfredo.) Dí.
¿Viste al fin á Carlos?

ALF. Sí,
esta mañana le he hablado,
y me dijo que vendría
conmigo á verte. (Mirando á su reloj.)
Me espera
en su casa y no quisiera...
¡Oh, qué cabeza la mía!
si son cerca de las tres!
Voy más ligero que el viento
Que vengais pronto.

RAM.

ALF. Al momento.
Adiós, prima. (Vase por el foro.)

ENR. Hasta después.

ESCENA III

ENRIQUETA y RAMÓN

ENR. ¡Quién es Carlos?

RAM. Aguilar.

ENR. No recuerdo...

RAM. Es un amigo
que se ha criado conmigo
y á quien deseo abrazar.
Hace ya que no le veo,
si está mi cuenta bien hecha,
veinte años.

ENR. Larga es la fecha.
(Queda pensativa.)

RAM. ¿Qué si es larga? ¡ya lo creo!
En el pueblo nos criamos

juntos y juntos crecimos,
mas luego cuando hombres fuimos
nuestros pasos separamos.

El tenía aspiraciones,
quiso del mundo gozar
y aquí vino á realizar
sus risueñas ilusiones.

Yo que, quizá más prudente,
no tenía esa ambición,
pasar quise en mi rincón
la vida tranquilamente.

Y mientras él derrochaba,
vanos placeres buscando
yo en mi pueblo trabajando
feliz y alegre gozaba.

ENR. ¿Y desde entonces quizá
á verle no has vuelto?

RAM. No.

Alfredo ayer me contó
que hace dos días que está
en Madrid, y deseaba
abrazarle.

ENR. Es natural. (Sigue pensativa.)

RAM. (Nota su distracción.)

¿Qué tienes? ¿te sientes mal? (Con sonrisa.)

ENR. ¿Yo? No tal.

RAM. Me figuraba...

(Contemplándola. Pausa.)

Con razón ha tiempo creo
que algo te aflige y te inquieta.

ENR. ¡De veras que no!... (Con cariño.)

RAM. (Sentándose á su lado.) ¡Enriqueta,
no me niegues lo que veo!
¡Tú no eres feliz!

ENR. ¡Qué antojos!

¡No piense tu mente loca!...

RAM. ¿A qué me niega tu boca
lo que me dicen tus ojos?
De su radiante belleza
no perdieron los destellos,
pero hace tiempo que en ellos
miro escrito tu tristeza,
y al fin me confesarás
que á la verdad no hago agravios;

¡podrán mentirme tus labios...
pero tus ojos jamás!

ENR. ¡No! . . Sospechas sin razón.

RAM. No pienso haberme engañado:
¿eres feliz á mi lado? (Con amor.)

ENR. ¡Te debo tanto... Ramón!

(Con viva expresión y ruborizándose á la vez.)

RAM. ¡No digas!

ENR. Tú conocías
la historia de mi existencia...

RAM. Vamos, calla... esa insistencia...

ENR. Tú mi pasado sabías...

RAM. ¡Mujer!...

ENR. ¡Y con noble empeño
aquella falta olvidando
tu amor me ofreciste, ansiando
de mi mano ser el dueño!

RAM. Bien; pero al hacerlo así
yo, que ciego te adoraba,
tu gratitud no buscaba,
buscaba algo más en tí.
¡No digo que esa virtud
no atesores afanosa,
pero amor es una cosa
y otra cosa es gratitud!
¡Esta da al pecho calor
y aquel le abrasa sin calma!
dime, ¿lo que hay en tu alma,
es gratitud... ó es amor?

ENR. ¡Amor! (Con amor.)

RAM. ¿De veras?

ENR. ¡Oh! ¡sí!

RAM. ¡jamás te engañé!... ¡de veras!
¡Haces bien!... ¡si tú supieras
lo que yo te quiero á tí!

¡Allá en un pueblo educado,
nunca en la corte he vivido
y en mi rincón he aprendido
solamente á ser honrado!

¡Yo seré rudo quizás
ó franco cual tú me llamas,
mas sabiendo que me amas,
¿á qué quiero saber más?

¡Oh! no sé qué conmoción

extraña mi pecho hiere;
pero parece que quiere
saltárseme el corazón,
y es que repetir te oía
que me amabas sin reposo,
y me hiciste tan dichoso
que me ahogaba la alegría.

ENR. Poco premio para tí
es el premio de mi amor.

RAM. ¿Dónde hallar otro mejor?
Ese sólo pretendí.

ENR. ¿Y no es tuyo?

RAM. ¡Oh, sí lo es! (Con amor.)

ENR. ¿Por qué, pues, esas manías?
Mira; en pasando estos días,
para primero de mes,
nos vamos al pueblo: allí
á vivir siempre.

RAM. ¿Qué dices? (Con alegría.)

ENR. ¡Allí seremos felices!

RAM. ¿Y has de privarte por mí?...

¡Jamás lo consentiré!

ENR. Mi dicha está en ser tu esposa,
y á tu lado, venturosa
en cualquier parte seré.
Y cuando de trabajar
allá en las noches de invierno,
un asilo amante y tierno
vuelvas buscando á tu hogar,
yo allí te estaré esperando,
y sin recelar de nada
pasaremos la velada
de nuestras dichas hablando.
¡Si es tu tarea enojosa
de ella podrás descansar
junto al fuego del hogar
y en los brazos de tu esposa!
¡Allí con afán profundo,
la existencia pasaremos
y contentos viviremos
lejos... muy lejos del mundo!
¡Y sin ninguna inquietud,
dando de honradez ejemplo,
será nuestra casa el templo

del amor y la virtud!
¡Amor que nos dé consuelo
del mundo en la cruda guerra!
¡virtud que desde la tierra
nos vaya acercando al cielo!
RAM. ¡Oh!... ¡dices bien!... ¡dices bien!
Es tan buena como hermosa.
ENR. ¡Allí seré yo dichosa,
y tú lo serás también!

ESCENA IV

DICHOS, PABLO por el foro

PAB. Señor... (Entrando.)
RAM. ¿Qué hay?
PAB. Dos caballeros
esperan en su despacho;
dicen que usted...
RAM. Sí, ya sé... (A Enriqueta.)
Dos amigos diputados
que vienen á que tratemos
de un asunto; ayer quedamos
en reunirnos aquí.
ENR. ¡Oh! pues vé...
(Levantándose.)
RAM. Sí.
ENR. Yo entretanto
voy á poner cuatro letras
á tu madre.
RAM. Bien: yo acabo
en seguida.
ENR. ¿Escribirás
tú también?
RAM. Pues está claro.
ENR. ¡Adiós, viejecito mío!
(Haciendo una caricia á Pablo al pasar cerca de él en
dirección á su gabinete.)
PAB. ¡Jé! ¡Jé!... (Contemplandola embobado.)
ENR. (A Ramón.) Adiós. (Vase por la izquierda.)
RAM. (Desde la puerta.) ¡Si es mi encanto!

ESCENA V

RAMÓN y PABLO

RAM.

¡Pablo!

(Volviendo y viendo á Pablo enternecido.)

PAB.

¡Señor!...

RAM.

¿No es verdad
que es un ángel?

PAB.

¡La idolatro,
señor, con toda mi alma!
Desde que nació, á su lado
viví siempre, y nunca olvido
que, cuando niña, en mis brazos
la llevaba á todas partes
siendo mi dicha y mi encanto!

RAM.

Por eso yo no he querido
que mientras viva el buen Pablo
ni un sólo día se aleje
de esta casa.

PAB.

Y yo le pago,
señor, con mi fiel cariño,
aunque es de valor extraño.

RAM.

¡Ya lo sé, Pablo!

PAB.

Señor,
recuerde que en el despacho
le esperan esos señores.

RAM.

¡Ah! sí: lo había olvidado.
Llegaré á creer que el mundo
ocupa sólo este espacio. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

PABLO, luego ALFREDO y CARLOS por el foro

PAB.

No hay en él dicha completa.
Si viviera mi buen amo
y viera como yo veo
feliz á su hija... los años
pasaría como yo,
hecho un viejo acartonado.

- ALF. Por aquí, Carlos.
PAB. ¿Quién llega?
(Alfredo y Carlos entran por la puerta del foro. Pablo, al fijarse en Carlos, retrocede comprimiendo un grito de sorpresa.)
¡Dios mío!
- ALF. ¿Eh? ¿qué le ha dado
al buen Pablo?
PAB. Nada... achaques
de la vejez.
(Reprimiéndose de su turbación, pero con la vista fija en Carlos.)
- ALF. ¡Pobre Pablo!
¡Los años son una carga
muy pesada! ¿Se ha marchado
Ramón?
PAB. No señor; está
ocupado en su despacho.
Si usted quiere que le avise...
ALF. No.
PAB. Bien.
- ALF. Siéntate aquí, Carlos. (Se sienta.)
PAB. (¡Carlos... no! mis viejos ojos
(Rechazando sus pensamientos.)
me hacen ser un visionario.)

ESCENA VII

CARLOS, ALFREDO

- ALF. Pues señor, este salón (sentándose.)
convida á que le esperemos
sentados
CAR. ¿Conque tenemos
ya diputado á Ramón?
ALF. Sí tal.
CAR. Su buen gusto alabo.
ALF. ¡Quién imaginar podría!...
CAR. ¿Sabes que me da alegría
verme por Madrid al cabo?
ALF. ¿Regresas gustoso?
CAR. Sí.
Aquí mi dicha fué cierta,

y al volverlo á ver despierta
muchos recuerdos en mí.

El placer nunca se olvida,
y yo, con suerte extremada,
pasé aquí la temporada
más dichosa de mi vida.

¡Jamás tan locos placeres
en su incesante anhelar
pudo mi mente soñar!

¡Orgías, bailes, mujeres!
Nada entonces, según creo,
ansiaba mi corazón,
que iba la satisfaccion
delante de mi deseo.

ALF. No hay quien en gusto te iguale
Tengo ha tiempo esa evidencia.

CAR. Allí aprendí la experiencia
del mundo, que tanto vale,
aunque es bien triste en verdad.

ALF. Qué, ¿de nada te ha servido?...

CAR. Si tal; por ella he podido
conocer la sociedad.
Y al mirarla de ese modo,
su velo ansiando romper,
he venido á comprender
que en ella es mentira todo.

Hablo con exactitud,
no es que estoy en un error;
hoy ya es un mito el amor
lo mismo que la virtud.

ALF. ¡Hombre! Asombrado me dejas
con tan cruel teoría.

CAR. Antes... yo también creía
en esos cuentos de viejas;
pero hoy, chico, no lo dudes,
nadie á negarlo se atreve;
en el siglo diez y nueve
no entendemos de virtudes.

Que en este siglo de locos,
de genios y de hombres duchos,
sabios... tal vez haya muchos,
pero santos hay muy pocos.

ALF. ¡Chico!

CAR. Te lo digo yo,

de amor sintieron las huellas.
¿Virtud?... ¡Buenas están ellas
para entender de virtudes!
Fiel, hacendosa y constante
ni una sola encontrarás...
y en fin, no te digo más
porque ya he dicho bastante.

ALF.

CAR.

¡Hombre, qué exageración!
Pues aun siendo de ese modo
la mujer, después de todo,
es mi constante afición,
y ahora en la corte, mil daños
de fijo me causará...

ALF.

¿Cuánto hace que faltas ya
de Madrid?

CAR.

Diez y seis años.

ALF.

¿Cómo? ¿Tanto tiempo ausente
pasaste?...

CAR.

Sí, chico, sí.

Hace un año estuve aquí,
pero días solamente.

ALF.

Entonces no la has de hallar
igual que la abandonaste;
la corte que tú dejaste
no es la que vas á encontrar.

CAR.

Pero hablando de otra cosa,
¿conque Ramón se ha casado?

ALF.

Sí, ya hace un año que ha entrado
en el gremio.

CAR.

(Con curiosidad.) ¿Y dí, su esposa?...

ALF.

¡Oh? (Con admiración.)

CAR.

¡Sí!... ¿Eh?... (Con malicia.)

ALF.

¡Vaya! ¡Bocato
di cardinali! ¡Verás
qué mujer! ¡No cabe más!
¡Qué elegancia! ¡Qué buen trato!
¡Atenta, fina, agradable,
modesta, sencilla, hermosa,
discreta, lista, graciosa!...

CAR.

¡Chico, chico! ¿Y es amable?
(Con maliciosa intención.)

ALF.

¡Hasta allí!

CAR.

¡Eh!

ALF.

¡Es un portento
de gracias y perfección!

- CAR. ¿Y cómo escogió á Ramón?
ALF. ¡Toma! ¡Pues ahí está el cuento!
CAR. ¡Pretendo explicarme en vano
tan intempestivo amor!
¡Mujer de tanto valor...
y esposa de un provinciano!
ALF. ¡El es un hombre muy fiel!
CAR. ¡No hay mujer que afecto cobre
á esas cosas! Dime... ¿es pobre?
ALF. ¡Qué!... ¡Si es más rica que él!
CAR. Entonces... ¡Ah!... (Con malicia.)
ALF. ¿Que te da?
CAR. ¡Ya! (Con marcada intención.)
ALF. ¿Qué?... ¿Vas á presumir?..
CAR. Había algo que encubrir...
(Bajando misteriosamente la voz.)
ALF. ¡No señor, no!
CAR. ¿Que no?... ¡Bah!
¡Pobre Ramón!
ALF. ¿Qué has pensado?
CAR. ¡Nada: yo al vuelo las pillo!
ALF. ¡Hombre!... ¡por Dios!
CAR. ¡Pobrecillo!
¡Estaba predestinado!..
ALF. ¡Yo no he dicho!..
CAR. Por sabido
se calla... ¿conque acerté?
ALF. ¡Chits! habla bajo.
CAR. Seré
prudente... con un marido.
Ten más confianza en mí
y no temas que yo cuente...
Conque, vamos, francamente,
¿he acertado?
ALF. (Bajando la voz.) Pues bien, sí,
péro... (Marcando la acción de callar.)
CAR. ¡Es claro! ¿y qué pasó?
ALF. Creo que en su juventud
puso á prueba su virtud
cierto mozo...
CAR. ¿Y la engañó?
ALF. Aprovechó el descreído
su inocencia.
CAR. ¡Sí!

ALF.

¡Y ya ves!
mas sin embargo... ella es
un ángel!

CAR.

¡Ya estoy! (Caído.)

ALF.

Pues bien, cuando eso pasó
en época ya olvidada.
la pobre... desengañada,
á un pueblo se retiró
sola con su padre, huyendo
de la corte y su alegría.
En ese pueblo vivía
Ramón.

CAR.

Ya voy comprendiendo.

¿Ves cómo no me equivoco?

ALF.

Al verla discreta y bella,
afirman que Ramón de ella
se enamoró como un loco.
Pidió á su padre su mano,
y como buen caballero
quiso contarle primero
aquella historia el anciano.
Ramón con pena la oyó;
mas como con su alma toda
la amaba, de aquella boda
por eso no desistió.
En aquel tiempo quince años
ó muy poco más tendría.
¡Ya ves tú qué entendería
de traiciones y de engaños!
¿Y él aceptó?

CAR.

ALF.

Sí; casada
está con él.

CAR.

¿Y es feliz?

ALF.

Sí; se olvidó aquel desliz,
y Ramón...

CAR.

Hizo una hombrada.

Nada en ello hay que me asombre.

ALF.

¡Ella vale un potosí! (Con entusiasmo.)

CAR.

Lo que me parece á mí
es que tu prima... (Con intención.)

ALF.

(Rechazando esa intención.) ¡Qué! ¡hombre

CAR.

Creí...

ALF.

¡Tengo en otra ahora (Con entusiasmo.)
puesto todo mi interés!

- CAR. ¡Hola! sepamos quién es.
ALF. Una chica... ¡encantadora!
CAR. ¡Bien!
ALF. ¡Tiene hechizos á miles
y eso mi cariño aumenta!
¡Figúrate tú que cuenta
poco más de quince abriles!
CAR. Bonita edad.
ALF. ¡Su presencia
es tan tierna y delicada!
¡y luego aquella mirada!
¡y luego aquella inocencia!
¡y luego!...
- CAR. Basta.
ALF. ¿Por qué?
CAR. Porque nadie te reclama
tanto detalle. ¿Y se llama
esa niña?...
- ALF. ¡No lo sé! (Con marcada reserva.)
CAR. Me ofende que así rehuyas
decírmelo.
- ALF. No te asombres:
De las víctimas los nombres,
según las máximas tuyas,
no se revelan jamás.
- CAR. Bien dicho... sé reservado
con ellas, que hombre callado
es el que consigue más.
Sin embargo, á mí...
- ALF. Ya sé
que en tí puedo confiar.
- CAR. Yo soy hombre de fiar
y...
- ALF. Es verdad; me explicaré.
Una tía setentona
que sólo penas me ofrece
y que la estampa parece
de Lucifer en persona,
es quien vive en compañía
de esa niña, y no la deja
hablarme. Al pie de la reja
tengo que estar todo el día
expuesto á que si alguien pasa
al verme se eche á reir,

y sin poder conseguir
entrar dentro de la casa,
ya ves...

CAR. Veo que no vas
por buen camino.

ALF. ¿Y qué medio
hallar, si por más que asedio?...

CAR. Pensando lo encontrarás.

ALF. ¿Pensando?... ¡Más que he pensado
no es posible!

CAR. ¿Y no te ocurre?...

ALF. Nada.

CAR. Pues, hijo, discurre,
piensa.

ALF. ¡Estoy desesperado!

¡Nadie en caso igual se halló!

CAR. Mal la impaciencia contienes.

ALF. ¿Y qué hacer? Si tú, que tienes
más experiencia que yo,
quisieras aconsejarme,
podiera intentar al menos.

CAR. No; yo en asuntos ajenos
no quiero nunca mezclarme.

ALF. Vamos, hombre, por favor.

CAR. Tú eres quien debe pensar.

ALF. Pero si tú has de encontrar
un medio mucho mejor.

¿Por qué no atiendes mi ruego?

CAR. Ya que te empeñas así,
lo pensaré, pero á mí
no me eches la culpa luego.

ALF. No temas.

CAR. Yo no debía
mezclarme, mas...

ALF. ¡Triunfaré!

CAR. A esa niña arrancaré
de las garras de su tía.

ALF. Bien dicho.

CAR. Conseguirás
lo que tu pecho desea.

ALF. ¡Bravo!

CAR. Me ocurre una idea.

ALF. ¿Cuál es? Sepamos.

CAR. Verás.

- ALF. Dí.
CAR. Burla la vigilancia
de esa vieja tía.
- ALF. Y bien,
¿qué?...
- CAR. La metes en el tren
y te vas con ella á Francia.
- ALF. ¿Eh?
CAR. ¿No te ama?
ALF. Sí.
CAR. Corriente,
pues de su cariño en nombre
se lo suplicas.
- ALF. Pero, hombre...
¿Si ella es lo más inocente!
De serlo ha dado mil pruebas,
no son estudiadas mañas.
- CAR. Entonces, chico, la engañas
y engañada te la llevas.
- ALF. ¿Cómo?
CAR. Inventas una historia
cualquiera, urdida hábilmente,
ella la cree, consiente,
y aquí paz y después gloria.
La dices...
- ALF. ¿Qué?
CAR. Que su tía
no quiere darte su mano,
por ejemplo, y que es en vano
de tu ruego la porfía;
y, por tanto, si desea
casarse, no tiene más
que seguirte, y te unirás
con ella.
- ALF. No es mala idea.
A ponerla en planta voy.
- CAR. La haces ver, sin asustarla,
que vas á depositarla
con gran cuidado...
- ALF. Ya estoy.
CAR. En la casa de un pariente
de... *otra tía* que te adora;
buscas luego... una *señora*
que ese papel represente.

- ALF. Y una vez ya la doncella
en mi poder..
- CAR. ¡Tú prometes
mucho!
- ALF. ¡Tomo los billetes!
- CAR. ¡Justo, y á París con ella!
- ALF. Bien. (Con alegre impaciencia.)
- CAR. Pero calma y sosiego,
no lo echés todo á perder.
- ALF. ¡Qué dichoso voy á ser
con ella, que todo es fuego,
todo amor, todo inocencia!
- CAR. Esa alegría se explica.
- ALF. ¡Figúrate tú, una chica
con la propia inexperiencia
de su primera pasión!
¡No me cambio en este instante!..
- RAM. ¿En dónde está ese tunante
de Carlos? (Saliendo.)
- CAR. ¡Mi buen Ramón!
- (Pablo, que había salido tras de Ramón, se retira por la
puerta del foro).

ESCENA VIII

CARLOS, ALFREDO y RAMÓN

- RAM. ¡Un abrazo!
- CAR. ¿Cómo estás?
- RAM. ¡Verte por fin he logrado!
¡Hombre, vienes trasformado!
¡Dame otro abrazo!
- CAR. Y mil más.
- RAM. ¡Aprieta! La calma pierdo.
- CAR. Verte aquí me lisonjea.
- RAM. ¿Te acuerdas de nuestra aldea?
- CAR. Ya lo creo que me acuerdo.
- RAM. ¡Qué tiempos! ¡Por Belcebú!
Nunca mi mente olvidó...
Tú eres más listo que yo
yo más juicioso que tú.
- CAR. ¿De esas historias añejas
aun los detalles explicas?

RAM. Tú gustabas... á las chicas,
yo les gustaba á las viejas.

CAR. ¡Vaya con Ramón!

ALF. En vista
de que al volvernos á hallar,
tendréis mucho de que hablar
en la primera entrevista,
solos os dejo á los dos.

RAM. Pero... ¿por qué te despides?

ALF. Volveré pronto.

CAR. (Con maliciosa intención.) No olvides...

ALF. No tengas cuidado. Adiós.

(Vase por el foro)

ESCENA IX

CARLOS, RAMÓN

CAR. ¿Conque te has casado?

RAM. Sí.

CAR. ¿Y eres feliz?

RAM. Ya lo creo.

Nada anhela mi deseo
ni más dicha pretendí.

CAR. Pues á mí, Ramón, los años
me han dado, en tan larga ausencia,
con su caudal de experiencia
su caudal de desengaños
Así, pues, no extrañes ver
en mí gravedad tan fría,
huyó de mí la alegría
para nunca más volver.

RAM. Ya volverá.

CAR. ¡Lo que es eso!

RAM. Casi empiezas á vivir.

¿Pero me quieres decir
la causa de tu regreso
á Madrid?

CAR. Es muy sencilla:
verte.

RAM. ¿Y eso te ha movido?...

CAR. Sólo por eso he venido

á Madrid desde Sevilla

¡El asunto es grave!

(Acercándose á Ramón y en tono confidencial.)

RAM.

Dí;

á servirte yo me obligo.

CAR.

Gracias.

RAM.

Tú eres más que amigo
un hermano para mí.

Habla, pues.

CAR.

Que oigas formal
permíteme que te exija.

(Breve pausa.)

Ramón... Yo tengo una hija.

RAM.

¡Eh! ¿Tú una hija? (Con extrañeza.)

CAR.

Sí tal.

Mi amor en ella he cifrado
pagando así mi tributo.

RAM.

¿Y esa niña será el fruto
de algún amor desgraciado?

CAR.

Justo. (Con frialdad.)

RAM.

¿Y lo dices así?

¡Pobrel

CAR.

No nos detengamos
por eso.

RAM.

Bien; mas sepamos
qué es lo que quieres de mí.

CAR.

Dispensa si mi porfía
te cansa...

RAM.

No temas nada.

CAR.

En una calle apartada
con una parienta mía,
cuyo noble afán sincero
su bien tan sólo ambiciona,
y que es además persona
en quien confío y espero,
tengo á la pobre metida
en un viejo caserón,
donde sin más distracción
oculta pasa la vida.

RAM.

¡Infeliz! Sigue.

CAR.

Hace ya
un año la traje aquí,
después á Sevilla fuí,
y el tiempo que estuve allá

por cierto negocio urgente,
quedó casi abandonada.

¡Ya ves tú que confiada
á una mujer solamentel...

RAM.

Aun no caigo...

CAR.

Vas á ver:

yo, sin poderlo impedir,
tengo á América que ir...

RAM.

¿Cómo!...

CAR.

Y podrás comprender
que no he de querer llevarla
conmigo.

RAM.

Es muy natural.

CAR.

Y puesto que por mi mal
tengo en Madrid que dejarla,
necesito con urgencia
para marchar descansado,
alguien que vele á su lado
por ella mientras mi ausencia.

RAM.

(Comprendiendo el deseo de Carlos.)

¡Ah!

CAR.

Yo tengo mil amigos
serviciales y sinceros
de aventuras compañeros
y de mis lances testigos:
mas para un asunto así
recurrir debo á otra parte,
y aun á trueque de cansarte
vengo buscándote á tí.

RAM.

Has hecho bien.

CAR.

Eso ya

calma mi ansiedad prolija.

RAM.

Marcha tranquilo, tu hija
en mi poder quedará.

CAR.

¡Oh! de tu buen corazón
nunca en mi inquietud dudé.

RAM.

Yo por ella velaré.

CAR.

¡Gracias, mil gracias, Ramón!

Yo que en loco devaneo
del mundo entero me río,
que en el amor no confío,
y que en la virtud no creo;
yo que dudando de todo
nunca al deseo resisto...

¡desde que á esa niña he visto
siento de distinto modo!

Mas tú la conocerás;

ya no tengo que temer;

¿verdad que la has de querer?

¿verdad que la ampararás?

¡Oh, sí, sí! ¡Mi amor profundo
por tí desecha su pena!

¡vela por ella!... ¡Es tan buena
y está tan sola en el mundo!

RAM. ¿Sola en el mundo? ¿Y su madre?
¿No vive ya?

CAR. ¡Qué sé yo!

(Dominado un tanto por el remordimiento.)

RAM. ¿No sabes ni si murió?

CAR. No.

RAM. ¿Que no? ¿Y tú eres padre?

CAR. Lo soy.

RAM. Pues aunque te aflija,
lo que tú debes hacer
es buscar á esa mujer
y darle madre á tu hija.

CAR. ¿Yo?

(Estorzándose por recobrar su natural escepticismo.)

RAM. ¿No intentaste jamás
buscarla?

CAR. No hago memoria.

RAM. (Reconviniéndole.)

¡Carlos!

CAR. No es rara esta historia,
sino vulgar por demás.

RAM. Dí.

CAR. Cuando esas relaciones
que apenas recordar puedo,
de un colegio de Toledo
á pasar las vacaciones,
salió llena de placer.

RAM. ¿De Toledo dices?

CAR. Sí.

RAM. Conozco un colegio allí
donde estuvo mi mujer.

CAR. A su casa presentado
cierto amigo me llevó;
su anciano padre confió

en nosotros demasiado
y el descuido de un instante..
la ocasión...

RAM.

¿Tuvo un deslíz!

CAR.

Sí.

RAM.

¡Siempre el mismo! ¡Infeliz!
pero vamos adelante.

CAR.

Un medio pude prever
de evitar el compromiso;
y ella á su padre permiso
le pidió para ir á ver
á una amiga que tenía
en Zaragoza: fué allí;
yo antes á esa amiga ví,
porque también lo era mía,
y en esa casa nació
esta niña, hoy ya mujer,
y á su madre hice creer
que al poco tiempo murió.

RAM.

¡Eh! (Levantándose y con creciente interés.)

CAR.

¡Cruel fuí... pero así
compromisos me evitaba,
y á ella también la libraba
de otros muchísimos.

RAM.

(Muy preocupado.) Sí,
mas ella después sabría...

CAR.

No, con su padre se fué...

RAM.

¿Y le refirió?

CAR.

No sé

lo que entre ellos pasaría.

RAM.

¿Y cómo es que tus engaños
la infeliz no conoció?

¿Cuánto hace que eso pasó?

CAR.

Háce ya diez y seis años.

RAM.

¿Eh! ¡Cómo! ¿Diez y seis?...

CAR.

Sí.

RAM.

¡Muy joven ella sería!...

CAR.

Quince años sólo tenía.

RAM.

(No sé qué pasa por mí.)

(Procurando serenarse.)

Pero dime, ¿tú no sabes
si esa mujer se ha casado?

CAR.

No sé.

RAM.

¿No has averiguado?

- CAR. No.
- RAM. ¡Que así tu mal agraves!
- CAR. Una idea me ocurrió,
y así salvarme he podido;
usar un nombre fingido
con ella.
- RAM. ¡Qué dices! (¡¡Oh!!)
¡Tu conducta es más que odiosa!
- CAR. No comprendo ese interés...
- RAM. ¡Pronto! ese nombre, ¿cuál es?
Dí.
- CAR. Fernando de Espinosa.
- RAM. (Aterrado.)
¡Fernando!
- CAR. (Fijándose en él.)
¿Qué es eso?
- RAM. Nada.
(Esforzándose por dominar su turbación.)
- CAR. ¿Tanto ese nombre te inquieta?
(Con recelo.)
- RAM. ¡Y el de ella!... ¡el de ella!...
- CAR. Enriqueta.
- RAM. ¡¡Oh!!
(Cubriéndose la cara con las manos.)
- CAR. ¿Qué tienes?
- RAM. (Con reconcentrado dolor.)
¡Desgraciada!
¡Y tú!... ¡tú!... ¡cuánta maldad!
¡Oh... y estos son esos seres
esclavos de sus placeres
que admite la sociedad,
que á los buenos desampara
y á estos infames tolera,
cuando sin piedad debiera
escupirles á la cara!
- CAR. ¡Ramón!
- RAM. ¡No!... si no ha de ser...
¡El volcán de mi ira estalla!
- CAR. Alguien se aproxima. ¡Calla!...
- (Aparece Enriqueta en la puerta de la izquierda.)
- RAM. ¡Es ya tarde! (Delirante, viendo á Enriqueta.)
¡Mi mujer!
(Presentándosela á Carlos.)

ESCENA X

DICHOS, ENRIQUETA

- CAR. (¡Eh?... ¡cómo!... ¡no es desvarío!
¡Ella!) (viéndola.)
- RAM. (¡Por qué te estremeces?) (A Carlos.)
- ENR. ¡Fernando!... (Fijándose en Carlos.)
(¡Jesús mil veces!)
- RAM. ¡Aquí la tienes! (A Carlos.)
- ENR. (¡Dios mío!)
(Esforzándose por aparecer serena.)
- CAR. ¡Ramón!
- RAM. ¡No! ¡Si no has de hablar!
- CAR. ¡Enriqueta!
- RAM. ¡Es mi esposa!
(Presentándola á Carlos.)
¡Don Fernando de Espinosa!
hoy don Carlos de Aguilar.
(Representese este cuadro con toda la expresión que se
reclama, aunque sin exageraciones melodramáticas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante en casa de Carlos. Puerta al foro y laterales, con colgaduras corridas

ESCENA PRIMERA

CARLOS, después ALFREDO por el foro

CAR. ¡Quién había de pensar
(Pensativo, sentado en una butaca, al lado de un velador con libros, periódicos, etc.)
que Ramón llegara á ser
su marido!... Coincidencia
más extraña no se ve. (Breve pausa.)
¡Ramón... mi amigo querido,
mi hermano de la niñez!
(Hojeando un libro.)
Mas no pensemos en eso,
dejemos al tiempo hacer,
que al fin la fatalidad
es inqueblantable ley.
(Se pone á leer. Alfredo entra muy preocupado por la puerta del foro, y sin saludar á Carlos va á sentarse al lado opuesto. Pausa.)
¿Sopla mal viento?
(En tono de burla contemplando el abatimiento de Alfredo.)
Muy malo.
Pues deja que truene. (Pausa.) ¿A quién

ALF.
CAR.

(Riéndose de la serenidad de Alfredo)
has comprado hoy esa cara
de virgen y mártir?

ALF. ¡Pues
búrlate tú ahora de mí
cuando estoy con el cordel
al cuello!

CAR. Pues, hijo, aprieta
y sal de penas.

ALF. Amén.

CAR. Te ahogas en un vaso de agua.

ALF. Pues nado.

CAR. Sí, como un pez
de plomo. Ten pecho ancho
como yo. Vamos á ver,
¿qué te ha pasado?

ALF. ¿Qué? ¡Nada!

Ví á esa niña, la conté
la historia que tú dijiste;
la referí... aquel belén
de la tía, y ella... ¡es claro!
¿Está decidida?

CAR.

ALF. ¡Pues!

decidida... á no seguirme.

CAR. ¡Já, já!

ALF. Pues hombre... está bien;
¿y te ríes?

CAR. ¡Ya lo creo!

ALF. No me queda más que ver.
Tú tienes la culpa.

CAR. ¿Yo? (Riéndose.)

ALF. Sí señor.

CAR. No sé por qué.
ALF. Pues yo sí. Tú me dijiste
que no había que temer.

CAR. Y me sostengo en lo dicho,
sólo que yo no conté
con tu torpeza. Estarías
como un doctrino novel.

ALF. ¿Doctrino?... Ni Torquemada
dió más chispas que yo ayer.
La hablé de mi amor eterno,
de mi ventura la hablé;
la dije que iba á casarme

con ella; que es la mujer
única que yo he querido;
que es un ángel, que no sé
cómo un amor tan inmenso
puede en mi pecho caber.
Pero chico, todo inútil,
por más que hice no logré
convencerla. Respondía
á todo que ella también
me amaba, que á mi pasión
sabía corresponder,
pero respecto á... largarse,
nequaquam.

CAR. ¡Qué insensatez!
hablar en lengua española
de *casaca* á una mujer,
y no responder, «¡andando,
llévame aunque sea á Argel!»
¡Es un caso raro!

ALF. Es cierto,
y tan raro.

CAR. En fin, yo haré
que capitule: pensemos
otro medio.

ALF. Dices bien.

CAR. Virtudes tan invencibles
vení yo más de una vez.

ALF. ¡Ay, quién fuera Julio César!

CAR. ¡Me ocurre una idea!

ALF. ¡A ver!

CAR. Es necesario para esto
otro tío.

ALF. ¡Y ya van tres!
Pero no importa, una escuadra
de tíos reuniré
si es preciso.

CAR. Tú me has dicho
que esa niña...

ALF. ¡Un ángel es!

CAR. Justo, un ángel... tonto.

ALF. ¡Hombre!

CAR. ¡Inocente!

ALF. ¡Ah!

CAR. Viene á ser

lo mismo. Pues bien, si es cierto que es tanta su candidez, aun la puedes... ablandar.

ALF.

¿Cómo?

CAR.

La haremos creer que has recibido una carta de este otro tío.

ALF.

¿De quién?

CAR.

¡Del nuevo!

ALF.

Bien, adelante.

CAR.

Este te puede poner en la carta que protege tus amores. Un papel escrito, aunque sea de estraza, tiene para la mujer un encanto irresistible aunque inexplicable.

ALF.

¿Y qué?

CAR.

Dice el tío en él, que si ella tu ventura puede hacer, y que si quieres casarte antes que se acabe el mes, porque, según tú le has dicho, esa niña... imagen fiel es de un angel celestial que ha venido de... Belén.

ALF.

¿Cómo?

CAR.

Sí, que él te apadrina, y en fin, que en vista de que la tía que la aprisiona es una arpía cruel que no quiere que se case, es fuerza que sin perder tiempo la lleves á casa de su hermana...

ALF.

Sí, ya sé...

CAR.

Hermana, que es la otra tía de que tratamos ayer.

ALF.

¿Qué tía? ¡Ah, ya... la que tengo preparada! La dejé en una fonda esperándome.

CAR.

Ella la epístola ve...

ALF.

¿Quién?

CAR.

¡La chica!

ALF.

¡Ah!

CAR.

Me parece
que el que viene de Belén
vas á ser tú.

ALF.

No lo creas.

Ya el lío desenredé
y voy á ponerlo en práctica.

CAR.

Ahí tienes pluma y papel.

ALF.

Empiezo. «Querido Alfredo.»

Pero señor... (Disponiéndose á escribir.)

¿qué iba á hacer?

¡Si ella conoce mi letra!

Si quisieras tú...

CAR.

¡Yo! ¿qué?

ALF.

Escribírmela.

CAR.

Pero hombre...

ALF.

¿Qué menos puedes hacer
por un amigo?

CAR.

No tengo

hoy buen humor.

ALF.

Mas ¿por qué?

CAR.

Por nada: estoy preocupado.

ALF.

Vamos, hombre.

CAR.

Dices bien.

Me conviene distraerme
y he de lograrlo tal vez
de ese modo: me conformo;

trae, yo el tío seré. (Levantándose.)

ALF.

¡Ay, tío del alma mía! (Abrazándole.)

CAR.

Bien; deja para después
esos arranques nerviosos
de familia.

ALF.

¡Triunfaré!

CAR.

«Querido sobrino Alfredo.» (Escribiendo.)

ALF.

¡Hombre! (Interrumpiéndole.)

CAR.

¿Qué es eso?

ALF.

¿Por qué

—y es más enérgico—no me haces
tu hijo?

CAR.

Por no tener
nietos.

ALF.

Bueno; me conformo
con ser tu sobrino.

CAR.

«Sé

»que la joven de que hablamos
»hace poco más de un mes
»te quiere.»

ALF. No es mal principio.

CAR. «Sé que tú la amas también;
»y sé, por último...»

ALF. Mira,
pues no dejas de saber.

CAR. «Que la tía de esa joven
»vuestro amor rechaza.»

ALF. ¡Eso es!

CAR. «Así, pues, si como dices,
»en que sea tu mujer
»te empeñas, puedes traerla
»y depositarla...»

ALF. ¡Bien!

CAR. «En la casa de mi hermana,
»que la espera, y yo seré
»vuestro padrino de boda.»

¿Qué te parece, está bien?

ALF. ¡Admirablemente! firma.

CAR. «Tu querido tío.» (Firmando.)

ALF. (Tomando la carta.) ¡Eso es!

Al punto voy á su casa,
la leo en un dos por tres
la carta, cede al momento,
se la va conmigo un pie,
es decir... huimos y...

(Abrazándole.) ¡Ay, Carlos,
qué feliz que voy á ser!

(Se dirige hacia la puerta y vuelve; Carlos se ríe, con-
templando con calma su aturdimiento.)

¡Ah! tu coche está en la puerta;
si me lo cedés iré...

CAR. Sí, hombre.

ALF. ¡Gracias! conqué, chico.
si no vuelvo, hasta otra vez.

CAR. Buena suerte. ¡Ah! no te lloves
con ella el coche también.

ALF. Adiós, tío.

CAR. Adiós, sobrino.

Que engordes.

ALF. Ya escribiré.

(Vase por el foro.)

ESCENA II

CARLOS, después un CRIADO por el foro

CAR. ¡Pobre chico! ¡qué aturdido!
No conseguirá tal vez
lo que busca, pero al menos
yo me divierto con él.
Con el tiempo hará fortuna.
Mucho aún le falta correr
por este pícaro mundo,
que al brindarnos al placer
deja en el fondo del alma
las ansias de la embriaguez.

(Queda pensativo.)

CRIADO Señor... (Entrando.)

CAR. ¿Qué hay?

CRIADO Una señora
que pregunta por usted.

CAR. ¿No ha dicho su nombre?

CRIADO No.

CAR. ¿Y tú no sabes quién es?

CRIADO No la conozco.

CAR. Que pase. (Vase el Criado.)

¿Quién podrá venirme á ver
á estas horas? ¡no calculo!
¡Con eso me distraeré!

ESCENA III

CARLOS. ENRIQUETA y el CRIADO, que después de entrar se
retira por el foro

CAR. ¡Enriqueta! ¿usted aquí?

(Sorprendido al reconocer á Enriqueta, que al salir el
criado se levanta el velo.)

ENR. Yo soy. (La emoción me vende.)

Si mi presencia le ofende,
mi deber lo manda así.

En él tan sólo me fundo

al dar este paso extremo,
y ante mi deber no temo
lo que decir quiera el mundo.

CAR.

¡Señora!...

ENR.

Sé que Ramón,
por lo que he podido oírle,
hoy mismo vendrá á pedirle
de todo una explicación.

CAR.

Hará muy mal: no es á mí
á quien exigirla debe,

ENR.

¡Lo hará! (Con seguridad.)

CAR.

Si á tanto se atreve...
por él lo sentiré.

ENR.

(Con triste ironía.) ¡Así
lo creo! y usted... ofendido
y cumpliendo como bueno,
la cuestión á otro terreno
querrá llevar decidido,
donde pueda su pericia
demostrarle con firmeza
dónde triunfa la destreza
y no triunfa la justicia!
Por tanto á verle he venido,
aunque eso me compromete,
á pedirle... que respete
la vida de mi marido.

CAR.

Señora... asunto tan grave
sólo él lo puede evitar.

ENR.

¡Usted sabe manejar
las armas; Ramón no sabe!

CAR.

¡Si él no me obliga!

ENR.

(Ofendida.) ¿Y así
contesta?

CAR.

¡A mi honor soy fiel!
¡Yo no he de buscarle á él,
que no me busque él á mí!

ENR.

¡Oh!

CAR.

Para ofenderse ahora
ningún agravio le he hecho.

ENR.

¿Y yo no tengo derecho
para exigirlo?

CAR.

Señora...

ENR.

¡Ya sé que su obstinación
por esto no cederá

y que mi voz no podrá
llegar á su corazón!

CAR. Si usted no escucha con calma...

ENR. ¡Ya sé que le ruego en vano!
que mi dolor, inhumano,
no ha de comprender su alma!

CAR. ¡Enriquetal

ENR. ¡Y pensé yó...
ver mi súplica atendida!
¡Qué pronto su mente olvida
deudas que nunca pagó!
Hoy de su vida la senda
feliz cruza en su alegría,
pero al fin llegará un día
en que su crimen comprenda,
y causarán su tormento
esos lazos que hoy le oprimen...
¡que allí donde acaba el crimen
empieza el remordimiento!

CAR. ¡Yo deploro lo pasado!

ENR. ¡Su proceder le desmientel

¿Por qué paga el inocente
los delitos del culpado?

CAR. ¡No piense usted de ese modo!
¡yo obré muy mal: no lo niego;
pero de mi amor el fuego
hízome olvidar todo!

Aunque hoy mi audacia le asombra
mi amor disculpa mi error.

ENR. Oh!... ¡calle usted!... ¡no es amor
el que asesina en la sombra!

Ese amor que no da calma
en su eterno desvarío,
que esclaviza el albedrío
y que purifica el alma;
ese encantador solaz

que explicar nadie ha podido,
no es el deseo escondido
bajo un villano disfraz!

¡Es más sublime su anhelo!
es más puro y más honrado!

¡mira en el objeto amado
las perfecciones del cielo!

¡De él sólo vida recibe

y adora aunque nada espere,
no la materia que muere,
el alma que siempre vive!
¡Mas me exalto! (Transición.) ¡qué locura!
¡Mi falta humilde confieso!
Usted ya... ¿qué entiende de eso,
qué sabe usted de amargura
si jamás en su inquietud
sintió su dardo traidor?...
¿qué es para usted el amor,
la honradez y la virtud?
¡Nada! ¡Si yo en eso creo
en mi propio mal me fundo!
¡Para usted en este mundo
no hay más ley que su deseo!
¡No me juzgue usted así!
Está usted en un error.
¿Piensa acaso que el amor
nunca en mi pecho sentí?
¡Yo de él mi dicha esperé!
yo confié en las mujeres,
no miserables placeres...
¡amor en ellas busqué!
Y en vano mi loco anhelo,
en su entusiasmo infecundo,
encontrar quiso en el mundo
ese amor hijo del cielo,
y encanto del corazón
que en mi mente imaginé!...
¡En el mundo sólo hallé
el engaño y la traición!
¡Mujeres mis ojos vieron
cual mis ilusiones bellas!
¡Les hablé de amor... y ellas
ese amor no comprendieron!
¡Se mofaron al oirme
sólo porque las amé,
y desde entonces busqué
placeres en que aturdirme!
¡Comprendió su desvarío
aunque tarde mi razón,
y se trocó mi ilusión
en desengaño y hastío!
¡En medio de tanto ceno

CAR.

la encontré á usted de repente
y fué víctima inocente
de mi torpe desenfreno!
¡Mi falta no ocultaré;
sólo quiero atenuarla,
la ví á usted, y al encontrarla
como á todas la juzgué!
¡En aquel tenaz delirio
reflexionar no podía;
en mi corazón sentía
un afán que era un martirio!
¡Y al contemplar su hermosura
cegó un vértigo mi pecho!...
¡Lo que empezó por despecho
acabó luego en locura!

ENR. ¡Oh!

CAR. ¡Si corrí al precipicio,
—y aun confesarlo me pesa—
no tuve la culpa!

ENR. ¡Esa
es la lógica del vicio!

CAR. ¡Del delirio en el exceso
nada pensé, nada ví!

ENR. Bien, bien; no he venido aquí
á que tratemos de eso;
distinto mi objeto fué.

CAR. Usted pretende de mí
que evite ese duelo.

ENR. Sí.

CAR. Cuanto esté en mi mano haré.

ENR. Gracias; siendo de este modo,
marchar puedo descansada.

CAR. Mi palabra está empeñada.

Sufrir la prometo todo
cuanto posible me sea.

ENR. Gracias... y adiós.

CAR. Si no quiere
que sepan esto y prefiere
que al irse nadie la vea,
esa puerta que está ahí
da al jardín.

(Señalando una puerta interior á la izquierda.)

ENR. Saldré por ella:

adiós...

CAR. Señora. . (Es tan bella
como su hija.)
ENR. (Dirigiéndose á la puerta.) (¡Ay de mí!)
CAR. (¡Siento verla padecer.)
CRIADO (Desde la puerta del foro)
Don Ramón de Salazar.
(Enriqueta se vuelve hacia Carlos sin separarse de la
puerta, al oír el nombre de Ramón.)
CAR. ¡Tranquila puede marchar;
sé lo que me toca hacer!
(Vase Enriqueta por la izquierda.)

ESCENA IV

CARLOS, el CRIADO, después RAMÓN

CAR. Que pase ese caballero. (Vase el criado.)
Reprimirse es conveniente;
le prometí ser prudente,
y cumplir mi oferta quiero.
Mas si él altivo me incita
yo le sabré contener.
RAM. (Entra por el foro.)
Después del lance de ayer
no extrañarás mi visita.
CAR. ¿Yo? No tal, de ningún modo.
RAM. Bien hiciste en presumir
que te vendría á pedir
una explicación de todo.
Cuanto ayer tu voz me dijo,
que ahora me expliques espero.
CAR. ¿A eso vienes?
RAM. ¡Eso quiero;
y si no basta lo exijo!
CAR. Haces mal en exigir.
Bastante te dije ayer:
ni más debes tú saber,
ni más te debo decir.
RAM. ¡Carlos! Esa explicación. (Reprimiéndose.)
CAR. A tu afán no me acomodo.
RAM. ¡Cuéntamelo todo, todo!
¡Yo te lo mando! (Con imperio.)
CAR. ¡Ramón! (Dominándose.)

RAM. ¡No!... ¡Si al cabo lo dirás
aunque decirlo te aflija!

CAR. ¿Dónde tienes á tu hija?

RAM. ¡Eso... nunca lo sabrás!

¡Nunca!

RAM. Si lo has de decir
aun de tu afán á despecho.

CAR. ¿Decirlo?... ¿Con qué derecho
me lo vienes á exigir?

¿En algo yo te he faltado?

¿Por qué, pues, eso te inquieta?

¿Al casarte, de Enriqueta
no sabías el pasado?

RAM. ¡Mas tú la engañaste!

CAR. ¡Yo!

RAM. Sí; con torpe proceder
la hiciste luego creer
que aquella niña murió.

CAR. ¡Bien; no hablemos de ello más!

RAM. ¡Eso tu razón deseal

¡Es preciso que ella sea
tu tormento! Yo quizás

exigirte no podré
cumplida satisfacción...

mas puedo tu infame acción
castigar y así lo haré.

(Con sentida expresión)

¡Mi existencia... venturosa
hace poco transcurría

y alegre y feliz vivía

con mi amor junto á mi esposa!

¡Tú de mi hogar has turbado
la dulce felicidad!

¡Tú manchaste sin piedad
de Enriqueta el nombre honrado,

y yo el resultado toco

de tu conducta rastrera!

¡De un hombre dichoso que era
no soy más que un pobre loco!

(Con creciente exaltación)

¡Y un loco en nada repara,
no piensa en su mal, lo siente,

y al que le hiere inclemente
graba la infamia en su cara!

- CAR. ¡Mucho con mi calma cuentas!
(Refrenando su ira.)
- RAM. ¡Ver á tu hija necesito;
ella sabrá tu delito!
- CAR. ¡Mira lo que hacer intentas!
- RAM. ¡Sin tregua la buscaré
y la he de hallar! ¿Por qué no?
- CAR. ¡Jamás mientras viva yo!
- RAM. ¿Jamás?... Yo la encontraré.
- CAR. ¡Ramón!... ¡Mira mi prudencia!
- RAM. ¡Todo tu hija lo sabrá!
- CAR. ¡No es posible!
- RAM. ¡Ella será
el grito de tu conciencia!
¡Tu maldad la haré saber,
la contaré lo que has hecho,
la diré que en ese pecho
no puede el amor caber!
¡Que tu conducta es infame!
¡que nada tu vida altera!
¡que no mereces siquiera
el que ella «padre» te llame!
¡Y rotos tan dulces lazos
te matará su desvío!
¡Verás el mundo vacío!
¡Te faltarán sus abrazos!
Nada tu amor calmará
de tus faltas el tributo;
ella, de tu crimen fruto,
tu crimen maldecirá.
¡Y amargando tu existencia,
como perenne tormento,
tu eterno remordimiento
será el juez de tu conciencia!
¡Ya verás cómo eso vence
tu altivez y tu energía
cuando al cabo llegue el día
en que de tí se avergüence!
- CAR. ¡Oh... Ramón! (Refrenándose con vivo dolor.)
- RAM. ¡Lástima abrigo
de tí... cuando en ello pienso!
¡Tu crimen ha sido inmenso,
mayor será tu castigo!
- CAR. ¡Calla!

- RAM. ¡Y odiado serás
por ella!
- CAR. ¿Yo por mi hija? (Con horror.)
- RAM. Aunque tu pecho lo exija.
- CAR. ¡Oh! ¡basta!
(Dando suelta á su dolor comprimido.)
¡basta! ¡no más!
- ¿Imagina tu ilusión
que has de lograr tu deseo?...
¡Si cuando lo pienso creo
que me falta la razón!
(Reconcentrando su pensamiento.)
¡No encontrar su amor profundo
al calor de sus abrazos!
¡ver rotos aquellos lazos,
únicos que amo en el mundo!
¿Pudiera yo resignarme
á sufrir ese desvío?...
¡Su amor!... ¡el tesoro mío!...
¿intentas arrebatarme?
¡El sólo mi dicha labra
y tú quitármelo esperas!..
(Con delirio.)
¡Ay de tí si te atrevieras
á decirle una palabra!
- RAM. ¿Lo dudas?
- CAR. ¡Lo dudo, sí!
Basta ya... me has insultado
y he sufrido resignado
esos ultrajes aquí.
En silencio los he oído
de mi rencor á despecho,
aunque no tienes derecho
para mostrarte ofendido,
mas por eso... en tu querella...
cumplir tu oferta no esperes.
¡Maldíceme á mí si quieres!
¡pero, ay, si buscas á ella!
- RAM. Sí: tan sólo de ese modo
encuentro satisfacción...
- CAR. Repara...
- RAM. Sin dilación
la buscaré... y todo, todo
la diré sin vacilar.

CAR. ¡No pienses hallarla!
RAM. Sí,
¿no he de pensarlo? ¡Ay de tí
como la llegue á encontrar!
(Vase por el foro.)

ESCENA V

CARLOS, después ALFREDO

CAR. ¡Esa amenaza, no hay dudal...
¡El ya tiene algún indicio
del paradero de mi hija
cuando así asegura!... ¡Un sitio
seguro yo buscaré
donde ocultarla!
(Al dirigirse hacia el foro le detiene. Alfredo, que sale
por la segunda puerta de la derecha.)

ALF. ¡Oye, chico!
CAR. ¡Déjame: no puedo ahora
perder el tiempo!

ALF. Es presiso
que me escuches.

CAR. (Con impaciencia.) Pues dí pronto,
vamos, habla.

ALF. Es muy sencillo.
¡La carta que me escribiste
hizo un efecto magnífico!
¿Y qué?

CAR. ¿Qué? Que tengo ahí
ALF. á esa joven.

CAR. ¡La has traído
á mi casa!

ALF. Me dió pena
llevarla á que un basilisco
tenga por tía.

CAR. ¿Qué has hecho?
¡No... no quiero compromisos!

ALF. ¡Hombre, llevar una niña
de tan bellos atractivos
con una... mujer así!
La verdad, no me he atrevido.

CAR. ¿Y dónde está?
ALF. Allí. Verás.
(Señalando al gabinete de la derecha.)
Por la puerta del pasillo
que conduce á la escalera
á ese cuarto la he traído.
CAR. ¡No! pues llévatela al punto.
ALF. ¡Mira que es un compromiso
para mí! ¿dónde la llevo?
Saldremos de aquí á las cinco,
te lo prometo. ¡Ya ves
que esa tía!...
CAR. No transijo.
Yo no puedo detenerme;
un asunto importantísimo
me reclama. Cuando vuelva
que no esté ya en este sitio.
(Vase por el foro.)

ESCENA VI

ALFREDO

¡No... pues yo no me la llevo!
¡La tía es un cocodrilo!
¡qué!... si no es mujer siquiera.
¡Eh! ¡nada! aquí la he traído
(Con resolución.)
y aquí se queda hasta tanto
que llegue el momento crítico
de salir el tren. Ahora
voy á arreglar lo preciso
para el viaje. En dos saltos
voy y vengo; andemos listos.
¡Emilia!... (Llamándola desde la puerta.)
EMILIA (Dentro.) Voy.
ALF. ¡Es divinal!
¿Cómo saldré de este lío?

ESCENA VII

ALFREDO y EMILIA

- EMILIA ¿Me llamabas? (Desde la puerta.)
ALF. ¡Ven aquí!
 ¡que estés junto á mí deseo!
EMILIA ¡Gracias á Dios que te veo!
 Me has tenido sola ahí
 un siglo.
ALF. (Cuando la escucho
 siento portarme tan mal.)
EMILIA ¿Qué tienes? (Notando que está pensativo.)
ALF. Nada. (Disimulando.)
EMILIA Sí tal.
ALF. ¿Yo?... ¡no!
EMILIA Dí: ¿me quieres mucho?
 (Con cariñosa inocencia.)
ALF. ¿No he de quererte, alma mía?
 Es mi pasión tan sincera
 que aunque amarte más quisiera
 amarte más no podría.
EMILIA ¿De veras, Alfredo?
ALF. ¡Enojos
 me da tu pregunta loca!
 ¿No te lo dijo mi boca?
 ¿No lo leiste en mis ojos?
 ¡De tí la dicha recibo!
EMILIA ¡Así te amo yo también!
ALF. ¡Tu eres mi gloria y mi bien!
 ¡Por tí solamente vivo!
 ¡Que tus miradas hermosas
 vida me dan con su encanto!
EMILIA ¡Ay... sigue! ¡Me gusta tanto
 que me digas esas cosas!
ALF. ¡Niña mía!
EMILIA ¡Siempre así
 quiero que tu voz me llame!
ALF. (Nada .. que soy un infame
 cuando la engaño.)
EMILIA ¡Por tí
 nunca calmadas se ven
 mis penas! ¡Cuánto he llorado!
 ¡Tiemblo si estás á mi lado
 y si te marchas también!

Y aunque amarte sin cesar
me causa tanta agonía,
te quiero más cada día
sin poderlo remediar.

ALF. Yo pago tanta pasión.

EMILIA ¡Dé tí mi ventura espero!

ALF. (¡Pero hombre... ¡y es que la quiero
con todo mi corazón!)

EMILIA ¿Qué piensas?

ALF. ¡Nada! (Preocupado.)

EMILIA ¡Creía!...

¡Mira, hemos hecho muy mal
en escaparnos!

ALF. ¡No tal.

EMILIA ¡Cuando lo sepa mi tía!

ALF. ¡Bah!... Conque espérame aquí.

EMILIA (Con temor deteniéndole.)

¿Qué .. te marchas?

ALF. Sí. (¡Otro lío!)

Voy á avisar á mi tío
para que venga.

EMILIA (Con alegría.) ¡Ay... sí, sí!

Todo se lo explicarás.

ALF. (Y lo dice con un mimo...)

EMILIA ¿Tú sabes que eres mi primo?

ALF. ¿Tu primo? ¡Cá... mucho más!

EMILIA ¿De veras? (Con seguridad.)

ALF. ¿Yo primo tuyo?

EMILIA ¡Así la carta lo explica!

ALF. (¿De qué sacará esta chica
que yo soy pariente suyo?)

¡Conque adiós!

EMILIA Pero si es
que también decirte quiero...

ALF. ¡Ahora no!

EMILIA Pero...

ALF. Prefiero
que me lo digas después.

EMILIA ¡Es que si yo decidida
he accedido á tus extremos,
es porque...

ALF. ¡Bien, ya hablaremos!

EMILIA ¡Pero oye!...

ALF. Vuelvo en seguida.

(Vase por el foro.)

ESCENA VIII

EMILIA, después ENRIQUETA por la izquierda

EMILIA ¡Escucha... se va! ¡No hay duda,
dar no he debido este paso!
¿Pero á qué temer? ¿Acaso
esta carta no me escuda?
(Sacándola del bolsillo.)
¿Quién había de decir
que Alfredo era primo mío?
¡Justo... mi padre es su tío!
¡Cómo no me quiso oír!
¡Pero me alegro, mejor!
¡Me callaré, no me pesa!
¡Así luego su sorpresa
al verle será mayor!
¡No conocer á mi tía
ni á mi primo! Ya se ve ..
¡Siempre encerrada! ¡No sé
por qué esta tenáz porfía
de mi padre!... ¡Y yo, está claro!
le hablaba con tanto mimo...
por eso, porque es mi primo,
y entre primos... no es tan raro
quererse bien. ¡Fuera miedo!
(Animándose.)
Aquí mi padre vendrá
y todo se aclarará.
«Querido sobrino Alfredo...»

(Leyendo la carta. Sigue leyendo junto al velador de
la derecha. Enriqueta aparece en la izquierda sin ver
á Emilia hasta que lo marca el diálogo.)

ENR. (Saliendo.) ¡No hay nadie! ¡Silencio al fin!
Escuchar no logré nada.
¿Me habrán visto? Hallé cerrada
la salida del jardín
y he tenido que volver.
¡En tí tan sólo confío!
¿Qué habrá pasado, Dios mío?
¡Eh! ¿Qué veo? ¡Una mujer!

EMILIA ¡Dale! Pues no tengo miedo.
(Sin ver á Enriqueta.)
¿Esta carta no me anima?
ENR. (¡Qué dice!)
EMILIA ¿No soy su prima?
¿Quién? ¡Ah!
(Volviéndose y viendo á Enriqueta.)
(La tía de Alfredo.)
ENR. (¡Pobre niña!)
EMILIA (Yo creí
que al verme me abrazaría.
¡Ay, qué sería que es tu tía,
apenas se fija en mí!)
Señora...
ENR. (¡Turbada está!)
EMILIA Aquí estoy por él... y yo...
¿Acaso no le contó? (Con aturdimiento.)
ENR. ¿Quién?
EMILIA ¡Él!
ENR. ¡Él!
EMILIA (¡Si no sabrá!)
ENR. (¡Otra víctima inmolada!
¡Niña infeliz! ¿Por qué escrito
no está en la cara el delito?)
EMILIA ¿Cómo? ¿No está usted enterada? (Con rubor.)
ENR. ¿Yo? (Con extrañeza.)
EMILIA ¡Si tal!
ENR. ¡No sé de qué!
EMILIA ¡Si él me lo ha jurado así!
ENR. ¿Por quién ha venido aquí?
EMILIA ¡Por él!... ¿No lo sabe usted?
¡Dice que él ciego me adora!
ENR. ¡Oh! (Con lástima.)
EMILIA ¿Qué?
ENR. Nada. (No debía
dudar.) Siga usted, hija mía.
EMILIA ¡Si estoy temblando, señora!
ENR. Confíe en mí.
(Atrayéndola con cariñosa compasión.)
EMILIA Amarme jura;
casarse conmigo intenta
porque mi amor, según cuenta,
labra toda su ventura.
Pidió á mi tía mi mano

que sin piedad le negó,
ella nada me contó
de este asunto, pero en vano,
por él lo supe.

ENR. Adelante.

Prosiga usted.

EMILIA Pues en vista
de que en aquella entrevista
salir no pudo triunfante,
me dijo que si quería
con él mi suerte enlazar,
él me podía llevar
á la casa de su tía,
en donde á tanta amargura
fin lográsemos poner.

ENR. (¡Oh! qué infamia iban á hacer
con esta pobre criatura!)
¡Todo lo comprendo ahora,
desgraciada!

EMILIA (¿Qué le ha dado?)

ENR. Pero usted ¿no vive al lado
de alguien?

EMILIA ¿Quién yo? ¡Sí señora,
con mi tía! pero yo...
temí...

ENR. ¿No tiene usted madre?

EMILIA No tal, sólo tengo padre.
¡mi pobre madre murió!
¡yo nunca la conocí! (Con sentimiento.)
¡Oh! ¡cuánto la hubiera amado!
(Emilia enjuga una lágrima.)

ENR. ¡Si ella viviese á su lado
no estaría usted aquí!
¿Más su padre?...

EMILIA Como está
siempre con tanto negocio,
cuando tiene un rato de ocio
solamente á verme va.
¡Y es natural... está ahora
el pobre tan ocupado!

ENR. ¿Cómo? ¿no vive á su lado?

EMILIA ¿A mi lado? no señora.
Y si al empeño accedí
de él, ha sido porque yo...

ENR. Usted, niña, no debió irse con un hombre así. Y aunque hoy á su afán no cuadre usted debe arrepentida exigirle que en seguida la lleve á usted con su padre.

EMILIA ¡Es verdad! Ahora me aflijo, y que hice muy mal sospecho: mas mire usted, si lo he hecho fué porque él mismo me dijo que nuestro amor protegía su tío.

ENR. ¿Y uste creyó...

EMILIA Una carta me enseñó que de él recibido había y en la que de eso le hablaba. Yo la letra conocí, y que era mi padre ví quien eso le aconsejaba.

ENR. ¡Su padre de usted! (Con extrañeza.)

EMILIA De él era la carta que me enseñó...

ENR. (¡Oh! ¡qué infamia!)

EMILIA Entonces yo, ¿qué quería usted que hiciera? ¡Me vine con él!

ENR. (¡Dios mío!)

EMILIA Mi padre así lo decía, sólo que yo no sabía que era mi padre su tío.

ENR. (¡Infeliz!... ¡que inicua red!)

EMILIA Ya ve usted que de ese modo...

ENR. Sí, ya sé... pero ante todo, ¿quién es su padre de usted?

EMILIA ¿Mi padre?... ¡Ah! vea usted aquí su retrato.

(Se quita del pecho un alfiler-medallón con el retrato de Carlos. Le abre y se lo presenta á Enriqueta, que al verle comprime un grito desgarrador.)

ENR. ¿Qué! (¡Dios mío!!)

EMILIA ¡Es él!... ¡sí!

(Emilia sin soltar el medallón se fija con alegría en el retrato que, con filial cariño, besa repetidas veces, dejando así más libre la accion de Enriqueta para ex-

presar la lucha de sentimientos, sin que Emilia se aperciba de la situación en que se halla,)

ENR. (¿No es desvarío!)

¿Ese retrato?...

EMILIA ¡Sí, sí!

Es mi padre.

ENR. (¡¡El!!)

EMILIA ¡Sí, lo es!

ENR. (¡¡Mi hija! ¡Ay!) (Vacilando.)

EMILIA Verle me recrea,

(Acercándose rápidamente á sostener á Enriqueta)

¡Ah!... ¿qué es eso?

ENR. (Abrazándola.) (¡Ay!... ¡que lo sea aunque yo muera después!)

Pero ¿quién le trajo aquí?...

EMILIA Alfredo.

ENR. ¿Alfredo?

EMILIA Sí tal.

ENR. (¡Que trama tan infernal!)

(¡Me vuelvo loca!... ¡Ay de mí!)

EMILIA ¿Conque ya recuerda usted?...

ENR. Sí, (¡Con mil ideas luchó!)

EMILIA ¡Yo la querré mucho!

ENR. (Con alegría.) ¿Mucho?

¡Sí, hija mía! ¡mucho!

(Esforzándose por sostenerse.)

EMILIA ¡Qué?...

¿se siente usted mal?

ENR. ¡Yo, no!...

(¡Y él romper quiso estos lazos! ..)

¡No te apartes de mis brazos!

¡Ven: si tu madre murió sus veces contigo haré!

¡Tú eres buena y eres bella!

¡yo te cuidaré como ella y como ella te querré!

EMILIA ¡Señora! (Conmovida.)

ENR. ¿Qué tienes, dí?

¡habla! (¡y calla tú, alma mía!)

EMILIA ¡Nada, que me da alegría (Sollozando.) de que usted me quiera así!

¡Siempre tan sola he vivido!...

ENR. ¡En mí una madre tendrás!

EMILIA ¡Oh!... ¡Gracias, gracias!... ¡Jamás

á la mía he conocido!
¡Con amantes embelesos
nunca á mi lado la ví,
ni en sus brazos me adormí
arrullada por sus besos!
¡Ay!... ¡sin su sombra querida
sola... tan sola me veo
que á veces, señora, creo
que hasta me falta la vida!
¡Ella jamás los enojos
de mi pecho disipó...
ella jamás enjugó
las lágrimas de mis ojos!
Siempre sin ella he vivido
en un martirio sin calma.
¡Pobre madre de mi alma!...
¡Cuánto la hubiera querido!
¡Dios te bendiga, mi bien!
¡con cuánto placer te escuche!
¡Pero yo te querré mucho!...
y tú... ¿me querrás también?
Tu dicha será la mía,
desecha pues el quebranto.
¡Nada temas, este llanto
es un llanto de alegría!
¡Déjalo libre correr
que á mis mejillas no quema!
¡Es cada gota un poema
de ternura y de placer!
¡El me devuelve la calma!
¡qué dichosa me está haciendo!
¡Ay, van sus gotas cayendo
como un rocío en mi alma!
Que me hacen sufrir no creas,
me están prestando consuelo...
¡Santo rocío del cielo,
bendito... bendito seas!
¡Qué buena es usted!

ENR.

EMILIA
ENR.

¡Oh!... ¡ven,
ven otra vez á mis brazos!
¿Quién de estos amantes lazos
podrá separarte?... ¿quién?...
Yo calmaré tus enojos...
con tus dichas gozaré!...

si lloras, enjugaré
las lágrimas de tus ojos...
No habrá pesar que taladre
nuestros dulces embelesos...
¡yo te daré aquellos besos
que nunca te dió tu madre!
EMILIA ¿Llora usted?... ¿Y yo he causado
ese llanto?...

ENR. ¡Tú... mi bien!
EMILIA ¡Al verla lloro también!
CAR. (Dentro.)
Basta, ya estoy enterado.
ENR. (¡El es!)
EMILIA ¿Quién es?
ENR. Nadie: vete...
¡ocúltate!... ¡ya saldrás!...
EMILIA Pero...
ENR. ¡Un momento no más!
¡Entra en ese gabinete!
(Emilia, impulsada por Enriqueta, entra por la segunda
puerta de la derecha. Enriqueta cierra las puertas y
corre las cortinas, entre las que queda inmóvil sin ser
vista por Carlos, hasta que lo marea el diálogo. Carlos
entra sumamente agitado por la puerta del foro.)

ESCENA IX

ENRIQUETA, CARLOS

CAR. (Entrando.)
¡Horrible y funesto día!
¡No estaba en su casa... no;
Ramón sin duda la halló!
¡Usted aquí todavía!...
(Viendo á Enriqueta.)
ENR. ¡Aquí me debo encontrar!
(Sin separarse mucho de la puerta.)
CAR. ¿Qué otra desdicha me pasa?
ENR. ¡Mi hija se encuentra en su casa,
y en su casa debo estar!
CAR. ¿Mi hija!... ¡Qué!.. ¿Sabe usted?
ENR. ¡Sí!
¡Alfredo la trajo!

- CAR. (Alterado al comprenderlo todo.)
¡¡Qué!!
¡Ella... y yo le aconsejé!..
¡Oh! (Quiriendo entrar á verla.)
- ENR. ¡No se pasa de aquí!
- CAR. ¡Soy su padre!
- ENR. ¡Aunque lo exija,
mi mente en su afán no ceja!
¡No es padre quien aconseja
la seducción de su hija!
- CAR. ¡Oh, yo mi crimen maldigo!
mas... ¡si creerlo no puedo!
- ENR. ¡Aquella carta de Alfredo!...
- CAR. ¡Gran Dios!... ¡Qué horrible castigo!
¿Y yo pude aconsejar!...
- ENR. ¡Usted tan solo!
- CAR. ¡Qué horror!
- ENR. ¡Y es su padre!...
- CAR. ¡Oh!... ¡por favor!...
¡No me acabe de matar!
¡Me vuelvo loco!... ¡Deliro!
(Con delirante expresión.)
¡Dios... sé conmigo clemente!
¡Sombras encuentra mi mente
por donde quiera que miro!
¿Es ilusión del deseo?
¿Qué otra cosa puede ser?
¡Si no lo quiero creer!
¡Si lo miro y no lo creo!
¡No... no es posible! ¡jamás
tanta desdicha fué cierta!
¡Despierta, razón, despierta
y no me atormentes más!
- ENR. ¡Tarde su perdón implora!
- CAR. ¡Mi mente está en ella fija!
¡Oh, yo quiero ver á mi hija!
¡Jamás la ha de ver!
- ENR. ¡Señora!...
- CAR. ¡No aumente usted mi aflicción!
Usted que quiso perderla...
- ENR. ¡Gran Dios!
- CAR. ¡No es digno de verla!
- ENR, RAM. (Apareciendo en la puerta del foro.)
¡Enriqueta aquí!
- ENR. (Viéndole.) ¡Ramón!

ESCENA X

DICHOS, RAMÓN

- RAM. ¡Oh!... ¿á qué has venido?... ¡díl
ENR. Por tu vida, que es mi vida,
¡y por la honra querida
de mi hija... que está aquí!
- RAM. ¿Tú sabes?...
ENR. Sí: mi deber
esto me aconseja.
- RAM. ¡Calla!
¿En dónde esa niña se halla? (A Carlos.)
CAR. ¿Qué es lo que intentas hacer?
RAM. Cumplirte lo que ofrecí,
referirla todo... ¡todo!
ENR. ¡No, Ramón!
CAR. ¡De ningún modo!
ENR. (¡Yo lo impediré!)
(Vase por la puerta de la derecha.)
CAR. (Colocándose delante de la puerta, para impedir la entrada á Ramón.)
¡Ay de tí
si tus labios ni una queja
le dicen en contra mía!
RAM. ¡Contra tanta villanía
nadie el silencio aconseja!
ENR. ¡No está en esta habitación!
(Saliendo azorada del gabinete.)
CAR. (Entra en el gabinete.)
¡Cómo!
ENR. ¡Fué vano mi intento!
CAR. ¡No está! ¡Oh; qué pensamiento
desgarra mi corazón!
(Toca el timbre.)
¡El infierno contra mí
se vuelve!
- ENR. ¡Virgen bendita!
(Aparece el Criado en la puerta del foro.)
CAR. (Al Criado.)
Responde... ¿Una señorita
que estaba hace poco aquí?

¿La has visto acaso marchar?

¿Dí?... ¡tú que estabas abajo!

Don Alfredo que la trajo...

¿Qué?...

CRIADO

CAR.

CRIADO

Se la ha vuelto á llevar.

CAR.

¡Jesús!

ENR.

¡Hija de mi vida!

RAM.

¿Que Alfredo se la ha llevado?

(Con extrañeza.)

ENR.

¡Sí! por él aconsejado.

CAR.

¡Seducida!... ¡Seducida!...

RAM.

¿Y tú, tú con torpes modos
pudiste engañarla así?

ENR.

(Sin poderse ya sostener.)

¡Ay!

RAM.

¿Qué has hecho, infame, dí!

CAR.

¡Dejadme!... ¡dejadme todos!

¿No estais mirando mi duelo?

¿Aun bastante no he sufrido?

¡Ya sé!.. ¡ya sé que esto ha sido
justo castigo del cielo!

¡Mas ya que á su Providencia
castigarle así le plugo...

¡callad!... ¿á qué más verdugo
que el que tengo en mi conciencia?

(Carlos sale precipitadamente por el foro. Enriqueta, dominada por el dolor, se apoya en el respaldo de una butaca para sostenerse. Ramón contempla abatido el profundo dolor de Enriqueta.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

La misma decoración del primero.

ESCENA PRIMERA

RAMÓN aparece pensativo sentado en una butaca cerca del velador.

PABLO sale lentamente por la puerta del foro

PAB. Señor. (Acercándose.)
RAM. ¿Ha vuelto Francisco?

(Saliendo de su abatimiento.)

PAB. No señor, y hace ya tiempo
que salió.

RAM. ¿Le has enterado
bien de todo?

PAB. Sí, no temo
que él se equivoque. Conoce
demasiado á don Alfredo
y tiene vista delince.

RAM. ¿Está el carruaje dispuesto?

PAB. En él marchó á la estación
del ferrocarril, y dentro
va María, la doncella
de la señorita. Al tiempo
de salir les encargué
que bajo ningún pretexto
dejen marchar á la niña
si llegan á verla. Pero...
no sé si me habré excedido

en mis órdenes.—Creyendo
que esa joven se resista
á ir con su tía...

RAM.

¿Qué?

PAB.

¡Temo,

señor, disgustar á usted!

RAM.

¡Acaba!

PAB.

En este supuesto
nada más dije á María
que la trajese aquí, y luego
determinaría usted...

RAM.

¿Aquí? ¿á mi casa? ¿que has hecho?

PAB.

¡Señor... yo creí!...

RAM.

¡En mi casa!

PAB.

¿Dónde llevarla?

RAM.

¡Comprendo (Con inquietud.)

tu intención!—¡es natural!
¡quieres que una vez al menos
vea Enriqueta á su hijal...
¡que la dé su adiós postrero...
y que yo!... ¡me vuelvo loco
de pensar!...

PAB.

Señor...

RAM.

¡Tu afecto

te disculpa! ¡has hecho bien!
¿Qué importa mi sufrimiento!
(Queda pensativo)

PAB.

¡Señor, si algún valor tiene
la vida de un pobre viejo,
con alegría la diera
por evitarle un momento
de angustia! ¡Amo con delirio
á mi señora, y por eso
le pago con mi cariño
á usted ¡qué feliz la ha hecho!
¡Feliz!...

RAM.

PAB.

¿Lo duda, señor?

RAM.

¡No, Pablo, no! cifré en ello
toda mi ventura .. toda...
y hoy sólo á mi lado veo
lágrimas ¡ay!... ¡que me abrazan
estando mis ojos secos!

PAB.

¡Vamos, señor, considere
que así no pondrá remedio

al mal, y que solamente
logrará que al mismo tiempo
padezca la señorita!

Ella le ama á usted... Su anhelo
cifra sólo en complacerle
y evitarle sufrimientos.

RAM.

¿Y qué más puedo yo hacer
que sufrir este tormento
sin exhalar una queja
que halle en sus oídos eco?
Ella en nada me ha faltado,
es verdad; su error funesto
de hacerla creer vilmente
que su hija había muerto,
obra fué del seductor
infame que en otros tiempos
fué mi amigo más querido...
mi hermano! ¡Ya ves si tengo
motivos para sufrir!

¡Déjame, pues, sin recelo
quejarme, que si el dolor
no mata en ciertos momentos
es porque el alma se queja!
¡Ay del que llora en silencio!

PAB.

Mi amor á la señorita
disculpa mi atrevimiento.

RAM.

¿Y acaso yo no la adoro?
¿puede haber amor más tierno
ni más constante que el mío?
¡Ay, Pablo! ¡pues si por eso
es por lo que sufro tanto!
¡Si ese es mi mayor tormento!
¡Verla sufrir y no hallar
para sus males remedio!
¡No es mi dolor el que más
me aflige en estos momentos;
es que ella sufre, y que á mí
me mata verla sufriendo!

PAB.

¡No perdamos la esperanza!
¡Siempre al mal sigue el remedio,
y quién sabe!...

RAM.

¡No, imposible!

(Mirando al gabinete de la izquierda)

¡Ella se acerca! No quiero

que mi presencia despierte
en ella más sufrimientos.

(Se dirige á la puerta derecha)

PAB.

¡Señor!

RAM.

¡Déjame estar solo! (vase.)

PAB.

¡Para esto he llegado á viejo!

ESCENA II

PABLO, ENRIQUETA, que sale por la izquierda en completo estado
de abatimiento

ENR.

¡Pablo!

PAB.

¡Valor, señorita!

ENR.

¡Le tengo, Pablo, le tengo!
¡la impaciencia me da fuerzas
para todo! Dime, ¿fueron
á la estación?

PAB.

El señor
encargó que con gran celo
á la niña se buscara,
y yo he mandado al momento
á Francisco, acompañando
á María, con objeto
de que á todo trance impidan
que se marchen.

ENR.

¿Y no ha vuelto?

PAB.

¡Aun no!

ENR.

¡Dios mío, no hay duda,
no los han hallado! ¡el cielo
quiere apurar mis desdichas!

PAB.

Vamos, más calma; por eso
no pierda usted la esperanza...

ENR.

¿No? ¡Si me lo está diciendo
á gritos el corazón!
¡Pobre hija mía!

PABLO

Yo creo
que los hallarán.

ENR.

No, Pablo,
mi mal no tiene remedio.
¡Soy muy desgraciada!

PABLO

Vamos,
señorita, ¿por qué esos

pronósticos? calme usted su agitación, que aunque viejo y sin servir para nada, al verla, como la veo llorar, también á mis ojos acudir lágrimas siento.

ENR. ¡Gracias, Pablo! Tu cariño á mi mal presta consuelo. ¡Si vieras cuánto he sufrido á solas en mi aposento desde esta tarde evocando mis ya pasados recuerdos, y llorando mi amargura y mi dolor en silencio! ¡Encontrar á la hija mía y encontrarla en el momento en que engañada, perdida tal vez ya!.. ¡ay!

PABLO ¡No pensemos en eso!

ENR. ¡No he de pensar, si ese sólo pensamiento es quien hoy vida me da, si es vida vivir muriendo!

PABLO Pronto esa niña á sus brazos vendrá, y en dulce consuelo trocará con sus caricias este dolor tan intenso.

ENR. No, Pablo; aun así me esperan también terribles tormentos. ¡No la podré llamar hija! ¡Veré que la arrancan luego para siempre de mis brazos! ¡Ella ignorará el secreto de que soy su madre... y yo siempre llorando en silencio, consumiré hasta mis lágrimas, y cuando mis ojos secos estén ya, sucumbiré de mis males bajo el peso! ¡Valor, señorita!

PABLO

ENR. ¡Ay, Pablo!

(Suena dentro una campanilla.)

PABLO ¡Han llamado!

ENR. ¿Serán ellos?
PABLO Voy á ver.
ENR. ¡Sí, Pablo, sí,
vé pronto!
PABLO Voy al momento.
(Vase por el foro.)

ESCENA III

ENRIQUETA, luego RAMÓN por la derecha, después PABLO y EMILIA por el foro

ENR. ¡No serán!... ¡no han acabado todavía mis desgracias!
EMILIA (Dentro.) Bien, señora.
ENR. (Comprimiendo un grito de alegría.)
¡Es ella! ¡Gracias, Dios piadoso! ¡Se ha salvado!
(Al dirigirse hacia el foro, se detiene contrariada en su vivo deseo de salir al encuentro de su hija, al ver á Ramón, que habrá salido momentos antes por la puerta de la derecha.)
(¡Ah!... ¡Ramón!)
RAM. ¿Qué tienes?
ENR. Nada...
RAM. ¡Estás azorada... inquieta!
ENR. No.
PABLO (Entrando precipitadamente por el foro.)
Señorita Enriqueta...
¡Ah!... ¡Don Ramón!
(Deteniéndose al ver á don Ramón.)
(¡Desgraciada!)
RAM. (Que aun estará cerca de la puerta derecha contemplando á Enriqueta.)
EMILIA (Aparece en el foro.)
¿Por aquí?
ENR. (¡Dios mío!)
EMILIA (Desde la puerta,) ¡Ah! ¡Sí:
allí la veo! ¡Señora!
(Dirigiéndose a Enriqueta.)
RAM. (¡Su hija aquí!)
EMILIA (¿Cómo es que ahora ya no me abraza?)

(Con extrañeza y sentimiento se detiene al notar la aparente y forzada indiferencia de Enriqueta, que sostiene con heroica resistencia la lucha de encontrados sentimientos que despiertan en su alma la presencia de Emilia y Ramón.)

ENR.

(¡Ay de mí!

¡Si ella comprender pudiera!...)

RAM.

(¡Por mí á sufrir se resigna!)

(Contemplando el abatimiento de Enriqueta.)

EMILIA

(Con cariñoso sentimiento.)

Comprendo que no soy digna
ni de un abrazo siquiera,
más ya sabe usted que yo,
cuando con Alfredo fui
á la casa en que á usted ví,
fué porque así lo mandó
mi padre...

ENR.

(Reprimiéndose,) (¡Ay!)

EMILIA

¡Con su permiso

fué; sí señora!

ENR.

(Disimulando.) Ya sé...

RAM.

(¡Pobre niña!)

(Ramón, que habrá permanecido hasta ahora en tercer término, adelanta un poco hacia un lado de la escena. Enriqueta permanece en el lado opuesto. Emilia en el centro. Pablo se retira lentamente por el foro.)

EMILIA

Luego, usted

me dijo que era preciso
que á Alfredo le suplicara,
aunque así no lo quisiera,
que al momento que le viera
con mi padre me llevara.
Se lo supliqué; y en cuanto
lo oyó, dijo que vivía
en una quinta que había
fuera de Madrid, por tanto
el viaje había que hacer
en ferrocarril; llegamos
á la estación, y encontramos
á un hombre y á una mujer;
que al momento que nos vieron
yo no sé con qué intención,
después que una gran cuestión
con Alfredo sostuvieron,

- en un coche me han traído
hasta aquí. ¿Hice mal, señora?
- ENR. No. (¡Pobre hija mía!) (Breve pausa.)
EMILIA (Con turbación.) Ahora...
lo que siento es... que he venido
en mala ocasión.
- ENR. ¿Por qué?
EMILIA ¡Estaría usted ocupada
quizá!
- ENR. ¿Yo?... ¡no tal!... en nada.
EMILIA ¡Como estaba cuando entré
este caballero aquí,
al lado suyo!...
- ENR. Es mi esposo.
EMILIA ¡Este señor! — ¡Qué dichoso
será usted!... ¿No es cierto?
(Volviéndose y acercándose cariñosamente á Ramón
con inocente alegría.)
- RAM. (Sin ironía, pero con sentimiento.) Sí,
muy dichoso.
- ENR. (¡Qué agonía!)
EMILIA (Volviéndose á Enriqueta.)
Junto á usted... ¿quién no lo fuera?
si yo á su lado viviera
también dichosa sería.
- ENR. (¡Oh!...)
EMILIA ¡Desde el primer momento
en que esta tarde la ví,
no sé qué pasa por mí!
un afán extraño siento
cuyos motivos ignoro,
y en mi loco desvarío,
á veces, con pena, río,
y á veces, alegre, lloro.
¡Yo no sé si esto es quebranto
ó es de mi placer divisa!
si es placer, ¿por qué mi risa
se convierte luego en llanto?
- RAM. (¡Ah!)
- ENR. (¡No puedo más!)
EMILIA ¡Sentí
por usted tal simpatía!
¿Lo duda usted?
- ENR. (Dominando su dolor.) No... hija mía.

EMILIA ¡Llámeme usted siempre así!
RAM. (¡Oh!)
EMILIA ¡Nunca así me llamó
mi madre... que ya no existe!
ENR. (¡No hay más penas!)
EMILIA ¡Es tan triste
vivir como vivo yo!
en mi desdicha pensando
mis lágrimas con enojos
van al brotar de mis ojos
á mis mejillas quemando.
Mi dolor á derramarlas
con honda inquietud me obliga,
y no hay una mano amiga
que se afane por sacarlas.
¡De mi suerte los agravios
á que suspire me impelen,
y no hay labios que consuelen
los suspiros de mis labios!
¡La soledad me da horror,
hablar con alguien ansío,
y no hay nadie al lado mío
que sufra con mi dolor!
¡Por esa razón sin calma
paso la vida llorando,
y siempre... siempre pensando
en mi madre de mi alma;
y aumentando mi querella
es tanta mi insensatez,
que si duermo alguna vez
es porque sueño con ella!
ENR. (¡Qué martirio!)
EMILIA Yo no ví
jamás á la madre mía,
mas, de seguro, sería
buena como usted. ¡Oh, sí!
me lo dice el corazón
y en la vida me ha engañado!
¡Si ella viviese á mi lado!...
ENR. ¡Ay!
(Sin fuerzas ya para dominar su situación.)
RAM. ¡Enriqueta!
(Viéndola desfallecida y acercándose.)
ENR. ¡Ramón!

- (Con cariñosa expresión. Breve pausa. Enriqueta hace el último esfuerzo para aparecer tranquila.)
- RAM. Voy al Congreso un instante,
cuando vuelva .. pensaremos
lo que resolver debemos.
Asunto tan importante
allí ocupa mi atención,
que á faltar no me resuelvo.
(No te apartes mientras vuelvo
de tu hija.)
(Acercándose á Enriqueta y en voz baja)
ENR. (¡Gracias, Ramón!)
- (Cogiéndole cariñosamente las manos y con tierna expresión de agradecimiento por dejarla allí con su hija.)
- RAM. ¡Solas las dejo á las dos!
¡Nada mi amargura evita!
(Dirigiéndose á la puerta derecha.)
¡Pobre niña!) Señorita...
- EMILIA ¿Qué? .. ¡Ah!... Vaya usted con Dios.
RAM. (¡Llevo el alma destrozada!
¡No hay pesar que más aflija!
¡Pobre madre y pobre hija!
¿Cuál es la más desgraciada?)
(Vase derecha.)

ESCENA IV

ENRIQUETA, EMILIA, después RAMÓN que vuelve por la derecha. Enriqueta, así que desaparece Ramón, no pudiendo ya contener su dolor, que tanto ha comprimido en la escena anterior, se echa en brazos de Emilia dominada por una mortal congoja. Hace esfuerzos por romper á llorar, pero no puede. Emilia la contempla asustada

- ENR. ¡Ay!
EMILIA ¡Eh! ¿qué es eso? ¡señora!
¿Se siente usted mal? ¡me espanta
su palidez! ¡Virgen santa!
¡y encontrarme sola ahora!
¡favor! ¡su estado me inquieta! (Gritando.)
- RAM. ¿Qué sucede?
(Aparece por la puerta derecha con el sombrero para salir á la calle.)
- EMILIA ¡Ah! ¡venga usted!

¡Se ha puesto mala! ¡no sé
qué es lo que tiene!

RAM. ¡Enriqueta!

¡Enriqueta! ¡Su dolor

(La sienta en el sofá.)

la asesina! ¡Desgraciada!

(Enriqueta empieza á volver en sí.)

¡Habla! ¿Qué tienes?

ENR. No es nada.

EMILIA ¡Señoral...

ENR. ¡Ya estoy mejor!

(Con triste sonrisa.)

RAM. Entra á descansar.

ENR. No tal.

EMILIA ¡Si no es nada! ¡Ya ha pasado!

¡Ay! ¡qué susto me he llevado!

¡Si se puso usted mortal!

ENR. ¡Ya estoy bien!

RAM. ¿De veras?

ENR. Sí.

¿No lo ves? ¡Si esto no ha sido
nada!

RAM. (¡Infeliz!)

ENR. ¡Un vahido!

¡No te detengas por mí!

RAM. Usted... la acompañará

mientras vuelvo. (A Emilia.)

EMILIA Sí, señor. (Con alegría.)

RAM. (¡Me duele ver su dolor!

(Dirigiéndose al foro.)

¿Quién mejor la cuidará?) (vase)

ESCENA V

ENRIQUETA y EMILIA

EMILIA ¿Se encuentra usted ya bien?

ENR. Sí.

(Abrazándola con ternura.)

muy bien, muy bien... ¡hija mía!

¡todo ha sido de alegría

al mirarte junto á mí!

EMILIA ¿Conque tanto me ama usted?

ENR. ¿Cómo no amarte?
EMILIA ¿De veras?
ENR. ¡Mucho!
EMILIA ¿Sí?
ENR. ¡Si tú supieras!...
EMILIA ¡Por mi corazón lo sé!
ENR. ¡Aunque haga á mi dicha agravios
no te lo puedo explicar,
que pierde mucho al pasar
del corazón á los labios!
Este amor puro que hoy labra
de mi ventura el exceso,
¡puede encerrarse en un beso,
mas nunca en una palabra!
Tú no puedes entender
lo que aquí pasando está,
(Señalando al corazón.)
mas algún día quizá
lo alcances á comprender;
y entonces á mi agonía
dar podrás dulce consuelo.
(Abrazándola con ternura.)
¡Ven, ven, y pídele al cielo
que llegue pronto ese día!
EMILIA ¡Ah, señora!
ENR. De estos lazos
no prives nunca á mi amor.
EMILIA ¿Dónde puedo estar mejor
que escudada por sus brazos?
Sólo en eso cifro hoy
mi más constante deseo,
al estar en ellos creo
que en los de mi madre estoy.
Usted calmó mi agonía
y yo con amor sincero,
amo en usted y venero
á la pobre madre mía.
¡Su bondad amor profundo
en mi pecho ha despertado,
quien como yo siempre ha estado
huérfana y sola en el mundo,
y en su infortunio sin calma
ni placer ni dicha espera,
siente al hallar quien la quiera

tanta alegría en el alma!...
Deje usted en este día
libre mi llanto brotar:
¡ay! gusta tanto llorar
si se llora de alegría...

ESCENA VI

DICHOS, PABLO que entra agitado por el foro

PABLO ¡Señorita, señorita!
ENR. (Levantándose y acercándose á Pablo.)
¿Qué es eso? Estás azorado.
PABLO ¡El caso no es para menos!
ENR. ¡Habla! (En voz baja á Pablo.)
PABLO ¡Está aquí!
ENR. ¿Quién?
PABLO Don Carlos.
ENR. ¡Ell... ¡Dios mío!
PABLO Se quedó
en la antesala esperando.
¡Quiere entrar á todo trance!
Cuando Francisco se trajo
á la niña, don Alfredo
vió en la estación á don Carlos
que iba en busca de su hija
también, y allí se ha enterado
de todo. ¡Viene á llevársela!
ENR. ¡Oh! no; es preciso evitarlo
hasta que vuelva Ramón.
PABLO Bien está.
ENR. (Dí que entre, Pablo.)
(Vase Pablo por el foro.)
Hija mía, una visita
me separa de tu lado
un momento.
EMILIA Bien, señora,
¿qué debo hacer?
ENR. Pronto acabo.
Entra en ese gabinete.
(Por la puerta izquierda.)
EMILIA Con impaciencia la aguardo. (Vase.)

ESCENA VII

ENRIQUETA, después CARLOS

- ENR. ¡Y pensar que á separarla
van de mis brazos ahora!...
(Queda abatida, Carlos entra por el foro y la contempla
un momento: al verle Enriqueta recobra su entereza y
dignidad.)
- CAR. Dispéñeme usted, señora,
si he venido á importunarla;
mas aunque mucho me aflija
mi deber lo ordena así:
no extrañe usted verme aquí;
vengo á buscar á mi hija.
No trataré de ocultar
que la impaciencia me abrasa.
- ENR. ¿Teme usted que en esta casa
no se la sepa guardar?
(Con irónica dignidad.)
- CAR. ¡Temo... agravar mi dolor!
¡La venganza á Ramón ciega!
- ENR. ¡Quien al delito se entrega
vive siempre con temor!
- CAR. (¡Oh, que así mi culpa expíe!)
- ENR. Es natural que en su anhelo
quien la aguarda con tal celo
en los demás no confíe.
- CAR. ¡No me haga usted más sufrir!
¡Si hoy hasta su casa vengo,
es, señora, porque tengo
aquí un deber que cumplir!
Jamás podré resignarme
á que mi pasado cuente
Ramón á mi hija, y que intente
su cariño arrebatarme.
El me hizo tal juramento
antes, y estando aquí ahora...
- ENR. ¿Teme usted?
- CAR. ¡Temo, señora,
que cumpla su ofrecimiento!
¡Tan solamente decirlo

me espanta! ¿cómo es posible
que ella!... ¡No, no, fuera horrible!
¿Y viene usted?...

ENR.
CAR.

¡A impedirlo!
¡Yo sé que he sido un malvado;
disculparme no pretendo,
y menos hoy que comprendo
lo infame de mi pasado!
¡Del mundo la indignación
con justa causa provoco;
y estoy como un pobre loco
que recobra la razón!
¡Lo confieso, aunque me aflija
de mi inquietud á despecho;
mas nadie tiene derecho
á decirselo á mi hija!
¡De su amor filial los lazos
con su rencor rompería,
y al hacerlo... saltaría
mi corazón en pedazos!
¡De mis faltas el exceso
no oculto de ningún modo,
él tendrá derecho á todo,
á todo... menos á eso!

ENR.

¡Tal temor es natural
que abrigue con desconsuelo
quien, como usted, es modelo
de santo amor paternal!

CAR.

¡Cese ya tanta ironía!
¿aun bastante no he sufrido!
yo solamente he venido
á llevarme á la hija mía,
y no á aumentar más aquí
las angustias de mi pecho!

ENR.

¡Comprendo! ¿Y con qué derecho
viene á reclamarla así!

CAR.

¿Con qué derecho? — ¡Y lo duda!...
¡Soy su padre!

ENR.

¡No... mentira!
¡Quién por su hija no mira
y su pureza no escuda!
¡Quien en su loca demencia
por maldad ó por error,
intenta robar su honor

mancillando su inocencia,
aunque su pecho taladre
llamarse así no podrá!
¡No todo aquel que el sér da
merece el nombre de padre!

CAR. ¡Señora, por compasión,
no aumente más mi tormento!

ENR. ¿Soy acaso injusta?

CAR. ¡Siento
que enloquece mi razón!
¡Ni al más vil que en su querella
pide ver con santo anhelo
á su hija... ese consuelo
se niega!... ¡al menos por ella!

ENR. Bien: con una condición
pongo á sus deseos tasa,
que no saldrá de esta casa
hasta que vuelva Ramón.
A mí confiada está
por él, y no debo ahora...

CAR. ¡Yo lo prometo, señora!

ENR. Ahora mismo aquí vendrá.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VIII

CARLOS, después EMILIA

CAR. ¡Y pensar que en mi egoismo
intenté ciego perderla!
¡Tiemblo al pensar que he de verla!
¡Me avergüenzo de mi mismo!

EMILIA ¡Padre! (Saliendo y dirigiéndose con alegría á Carlos.)

CAR. ¡Hija mía... ¡Tú aquí! (Abrazándola.)

EMILIA Te extraña verme... ¿verdad?
yo tampoco en realidad
me lo explico; aunque si así
lo has dispuesto tú...

CAR. ¿Yo? es cierto.
Sí, hija mía, sí, yo he sido (Disimulando.)
quien había convenido...

EMILIA ¡Ah! pues entonces... ¡Te advierto
que no me pesa! (Con alegría.)

- CAR. Yo confío...
y es lo que más interesa,
en que... (por más que me aflija
mi ausencia) como á una hija
te cuidará la marquesa
del Solivar.
- EMILIA (Con disgusto.) ¡Yo á su lado
vivir!...
- CAR. Sí; ¿lo sientes?
- EMILIA ¿Yo?
- CAR. Ella misma me ofreció
su casa.
- EMILIA ¿Y has aceptado?
- CAR. Sí.
- EMILIA Bien está, no resisto. (Con pesar.)
Mas vivir en compañía
de esa señora...
- CAR. ¡Hija mía!...
- EMILIA ¡Como yo nunca la he visto!
- CAR. No importa.
- EMILIA (Con humildad.) Haré desde ahora
lo que tú quieras mandarme;
(Con viva expresión.)
mas si quisieras dejarme
aquí con esta señora...
(¡Oh!)
- ALF. ¡Me ama tanto!
- EMILIA ¡Por Dios!
- CAR. ¿no pienses!...
- EMILIA ¿Por qué eso dices?
¡seríamos tan felices
viviendo juntas las dos!
¡Ese es el único bien
que hoy anhelo con ternura!
¡Es tan buena!... ¡Estoy segura
de que tú la amas también!
¿verdad?
- CAR. Sí.
- EMILIA ¿Qué tienes?
- CAR. ¡Nada!
- EMILIA ¡qué he de tener! ¡no te asombre!
¡Qué infame sería el hombre
que la hiciera desgraciada!
- CAR. (¡Mi castigo es merecido!) (Aterrado.)

- EMILIA ¡Amarla tanto... y ahora
vivir con otra señora
á quien nunca he conocido!
- CAR. ¿Y eso causa tu pesar?
- EMILIA No, pero...
¡Ah!
(Volviéndose de pronto hacia Carlos.)
- CAR. ¿Qué te pasa?
- EMILIA Dime, ¿va Alfredo á esa casa
donde me vas á llevar?
¿No irá, verdad?
- CAR. (¡Desgraciada!)
- EMILIA ¿Por qué lo quieres saber?
Porque no le quiero ver;
estoy con él enfadada!
¡Me ha engañado! Mas me obligo
á castigarle... ¡y lo haré!
Cuando yo le supliqué
que me llevara contigo,
al punto me respondió
sin turbarse, que vivías
en la quinta que tenías
fuera de Madrid, y yo...
¡ya ves!... ¡así lo creí!...
que anduve torpe sospecho,
mas él, ¿no es verdad que ha hecho
mal el engañarme así?
- CAR. ¡Muy mal!
- EMILIA Yo le haré pagar
caro, muy caro su engaño;
por lo menos en un año
no le vuelvo más á hablar.
- CAR. ¡Sí, dices bien, hija mía!
- EMILIA No faltaba más... yo haré
que se enmiende y probaré
que sé tener energía.
- CAR. ¡Oh, sí, tenla!
- EMILIA Vaya, y mucha:
Buen castigo así le damos.
Sin embargo... ahora que estamos
solos, y que él no me escucha,
á hacerte una confesión
voy...
- CAR. Impaciente la espero.

EMILIA (Con rubor)
Pues bien, es. .

CAR. ¿Qué?

EMILIA Que le quiero
con todo mi corazón.

CAR. ¡Oh!

EMILIA ¡No apagó su demencia
el amor que existe en mí!

CAR. ¡Repara, Emilia!...

EMILIA Ahora sí
que va á ser triste tu ausencia
para mí. Sin tí... sin él...

¡qué soledad tan sombría!

CAR. ¡Y piensas tú que la mía
ha de ser menos cruel!

¡Allí, solo, sin hogar,
siempre en tí, mi bien, pensando
iré la dicha buscando
y no la podré encontrar!

Tu amor con loca demencia
por doquiera buscaré,
y en vez de amor hallaré
la soledad y la ausencia.
Mi amargura y mi quebranto
lágrimas me arrancarán,
y hasta á tí no llegarán
mis suspiros y mi llanto.

De otro sol el resplandor
me herirá con sus reflejos,
y siempre lejos... muy lejos,
y á solas con mi dolor;
nada de mi afán impío
calmar podrá los enojos.

¡Sin tí veré ante mis ojos
el mundo entero vacío!

Mas ¿qué?.. ¡lloras!... ¡Tu pesar
deshecha! (¡Pobre hija mía!)

¡Pensemos sólo en el día
en que te vuelva á abrazar!

¡Ya verás con cuánto amor
me volverás luego á ver!

¡Un instante de placer
cuesta un siglo de dolor!

EMILIA Es fuerza que pronto acabe
esta ausencia.

CAR. ¡Será así!
EMILIA ¿Y hoy mismo te marchas?
CAR. Sí.
EMILIA ¿Y cuándo vuelves?
CAR. (¡Dios sabe!)

ESCENA IX

DICHOS, ALFREDO por el foro

EMILIA Abrigo cierta zozobra...
CAR. ¿Quién es?...
(Volviéndose al sentir los pasos de Alfredo que, al verlos, se detiene con temor.)
EMILIA (¡Alfredo!) (Viéndole con rubor.)
CAR. (¿Qué hacer?)
(Contemplando á los dos.)
EMILIA (Me voy... No le quiero ver.)
(A Carlos, y vase corriendo por el foro.)
ALF. (Abatido.)
¡Carlos!
CAR. ¡Gózate en tu obra!

ESCENA X

CARLOS, ALFREDO; después RAMÓN por el foro

ALF. ¡Mi obra!
CAR. Es verdad. También es
mía... negarlo no quiero;
¡yo te aconsejé primero!...
¡tú la engañaste después!
De los dos fué la victoria,
pues corrimos de ella en pos;
no lo dudes... ¡á los dos
nos cabe la misma gloria!
ALF. Carlos... óyeme en razón.
CAR. ¿Qué más me quieres decir?
¡Yo no te puedo pedir
cumplida satisfacción!...
para hacerlo, bien lo sé,
no tengo ningún derecho.

¡Tú tan solamente has hecho
lo que yo te aconsejé!

ALF. ¡Aun puedo hacerla dichosa
y mi falta reparar!

CAR. ¡Y cómo lo has de lograr!

ALF. ¡Cómo. haciéndola mi esposa!

CAR. ¡Emilia tu esposa!... ¡No,
no pronuncies ese nombre!
¡ella la esposa del hombre
que seducirla intentó!
¿Acaso lograr podrías
que en tí confiara su pecho?
Lo que ahora con ella has hecho
luego con otras harías;
y ese temor solamente,
su ventura arrebatando,
quizá fuera envenenando
su existencia lentamente.

Tu proceder execrable
no merece ese consuelo.
¡Ella es un ángel del cielo
y tú eres un miserable!...

ALF. Carlos... piensa...

CAR. Ya por todo

es preciso que pasemos.
¡Ni tú ni yo merecemos
que nos llamen de otro modo!

Si yo no hubiera causado
el mal que llorando estoy,
y no advirtiese que soy
como tú, vil y malvado;
si yo de perfidia lleno
obrado no hubiera así...

¿piensas acaso que aquí,
ahora tranquilo y sereno
tus palabras escuchara
en mi ciega indignación,
sin que de tu infame acción
pusiera el sello en tu cara?

¡Si piensas eso, insensato,
calla... no lo digas hoy;
porque aun siendo lo que soy
no sé cómo no te mato!

ALF. ¡Carlos!...

- CAR. ¡Calla... no me llames!...
¡Nuestro crimen es inmenso!
- ALF. Piensa que yo...
- CAR. ¡Sólo pienso
en que somos dos infames!
- ALF. Yo de mi pasada acción
me arrepiento y la deploro.
¡Mas piensa que á Emilia adoro
con todo mi corazón!
- CAR. ¡Me pasma tu audacia local
¡Amor!... ¡Deja que me asombrel
¡Amor dices!... ¡Ese nombre
se profana en nuestra boca!
- ALF. De todo cuanto pasó
hoy me encuentro arrepentido,
y humildemente te pido
la mano de Emilia.
- CAR. No.
- ¡Nunca!
- ALF. Yo haré por borrar
de mi torpe acción la huella.
- CAR. ¡Ni tú eres digno de ella,
ni yo te la puedo dar!
¿Piensas acaso que yo,
porque la vida le dí,
puedo disponer así
de la hija mía?... ¡No, no!
¡Quien con proceder villano
supo hacer lo que yo he hecho,
no tiene ningún derecho
para conceder su mano!
¡Cuando algún día los dos
(Aparece Ramón por el foro.)
nuestro delito expiemos,
y ambos nos regeneremos
ante el mundo y ante Dios!...
Cuando logremos borrar
la acción que hoy me hace sufrir,
¡tú me la podrás pedir...
yo te la podré otorgar!
¡Que hoy, aunque así no te cuadre,
por nuestro pasado odioso,
ni mereces ser su esposo,
ni yo llamarme su padre!

ALF. Yo obré por tí dirigido.
CAR. Inútil es tu disculpa.
¡Tuya y mía fué la culpa!
RAM. ¡Sí... los dos la habéis tenido!
CAR. Ramón... (Breve pausa.)
RAM. ¿Me esperabas?...
CAR. Sí;
á eso he venido. A buscarte.
RAM. Yo también deseo hablarte.
¿Qué es lo que quieres aquí?
ALF. Ya que ella mi dicha labra (A Carlos.)
digno de su amor me haré...
¡Cuando lo sea... vendré
á exigirte tu palabra! (Vase por el foro.)

ESCENA XI

CARLOS, RAMÓN, después EMILIA por la izquierda

CAR. A sufrir no me resigno,
ya tu ciega obstinación.
RAM. No te comprendo.
CAR. Ramón,
tu proceder es indigno.
RAM. (Dominándose y con irónica expresión.)
Carlos... es cierto... ¡Salvar
de una deshonra segura
á esa pobre criatura...
es indigno á no dudar!
CAR. No... no ocultes de ese modo
tu intención... Aunque me aflija,
sé que has buscado á mi hija
para contárselo todo.
¿Esos instintos menguados,
qué pechos abrigar saben?
RAM. ¡En el tuyo sólo caben
sentimientos elevado!
CAR. ¡Yo sé bien cuál es tu intento!...
RAM. ¡Tú!...
CAR. ¡La impaciencia me abrasa!
¡Mi hija se encuentra en tu casa
y de ella saldrá al momento!
¡Eso me impulsa á venir!

Hoy mismo sin dilación,
á Cádiz, en dirección
á América, he de partir.
La respetable señora
marquesa del Solivar,
es la que debe cuidar
de esa niña desde ahora.

RAM.

¿Y vienes por ella aquí?

CAR.

Sí: llevarla al punto quiero,
á esa casa, donde espero
que viva siempre.

RAM.

¡Ella allí!

¡Nunca; aunque seas su padre
y aunque me juzgues malvado,
ni tú mismo ya del lado
la arrancarás de su madre!

CAR.

(Comprendiendo en todo su valor la generosa acción
de Ramón.)

¿Qué has hecho?... ¡Y yo le insulté!

¡Perdona mi loco anhelo!

¡Abrigué tan ruin recelo
porque cual yo te juzgué!

¡Justo es que tu voz me arguya
en mi delirio sin calma,
era muy pequeña mi alma
para comprender la tuya!

¡Esa noble acción que has hecho
de mi hija en beneficio,
me impone otro sacrificio
aunque desgarré mi pecho!

RAM.

Sí: te lo impone, es verdad.

CAR.

¡Hoy mismo me alejaré,
y á turbar no volveré
nunca tu felicidad!

¡Comprendo que aunque me aflija
es preciso tal hazaña!

¡No volveré más á España!

¡No veré más á mi hija!

RAM.

El mundo podrá juzgar
la acción mía como quiera,
su fallo tranquilo espera
mi corazón. Yo al obrar
como mis acciones fundo
del deber en la obediencia,

sólo atiendo á mi conciencia
y no á lo que diga el mundo.
¡Siendo á mi conciencia fiel
esta acción no me sorprende!...
¡si alguno no la comprende
tanto peor para él!...

CAR. ¡Los que honrados habéis sido
nada teméis... es verdad!
mas los que por la maldad
sujetos hemos vivido,
como nada nos disculpa,
siempre de todo tememos,
y algún día nos hacemos
ESCLAVOS DE NUESTRA CULPA.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ENRIQUETA y EMILIA

EMILIA Sí, de veras. (Dentro.)
(Luego apareciendo en la puerta de la izquierda. Carlos queda abatido. Ramón se acerca á recibir á Enriqueta.)

ENR. (Breve pausa.) ¡Ay de mí!
EMILIA ¡No quiere!... ¡Adiós, pues, señora!
RAM. No, niña. Usted desde ahora
se queda en casa.

EMILIA ¿Yo aquí?

RAM. Como una hija ..

ENR. ¡Ramón!...

¡Oh! ¡Gracias, gracias!...

RAM. (Aparte.) (Ten calma)

ENR. (¡Cuánto te debemi alma
por tu generosa acción!)

RAM. Todo lo mereces.

EMILIA (A Carlos.) Padre.

ENR. (¡A tí sólo debo hoy
cuanto he sido y cuanto soy
como esposa y como madre!)

CAR. ¡Con tu noble acción me humillas,
Ramón... mi querido hermano!

(A Ramón con expresivo sentimiento y volviéndose
hacia Emilia.)

- ¡Emilia!... ¡Besa esa mano!
¡de rodillas!... de rodillas!
- EMILIA ¡Sí
(Cayendo de rodillas al lado de Ramón y besandole la mano.)
- CAR. ¡Bendigamos los dos
á quien en su alma atesora
tanta nobleza! Señora...
(Enriqueta permanecerá á la izquierda de Ramón, apoyada en sus brazos. Emilia á la derecha y á sus pies, Carlos se separa con dolor de aquel grupo y dice desde el centro de la escena.)
- ¡Ramón!... ¡Hija mía! . ¡Adiós!
(Vase precipitadamente por el foro.)
- EMILIA ¡Oh!... ¡no! . ¡padre! ¿Dónde vas?
(Se detiene en el centro de la escena.)
¡Se fué! ¡Su dolor me espanta!
¡Protégele, Virgen santa!
¡No le abandones jamás!
(Emilia queda arrodillada en medio de la escena. Enriqueta la contempla con vivo sentimiento, sin separarse de Ramón, que la anima con cariñosa expresión.)

FIN DE LA COMEDIA

Los ejemplares de esta obra se hallan
de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento
todo ejemplar que carezca del sello de
la Sociedad de Autores Españoles.